

Juan-Manuel García Ramos

Malaquita



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

47

MALAQUITA

Prólogo de José Luis L. Aranguren



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artilés

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Juan-Manuel García Ramos

MALAQUITA

Islas Canarias
1991

- © Para el prólogo **José Luis L. Aranguren**
- © Para el texto **Juan-Manuel García Ramos**
- ©  **Viceconsejería de Cultura y Deportes.**
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-7947-012-7

Depósito Legal: M. 33.900-1991

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	9
DEDICATORIA	13
PASSE-PARTOUT	15
PRIMERA PARTE (24 de Junio de 197...) ...	17
CAPÍTULO PRIMERO—Uno	19
CAPÍTULO SEGUNDO	21
CAPÍTULO Tres	25
CAPÍTULO Cuatro	29
CAPÍTULO Cinco	33
CAPÍTULO Seis	39
CAPÍTULO Siete	43
CAPÍTULO OCTAVO	53
CAPÍTULO Nueve	59
CAPÍTULO Diez	73
CAPÍTULO Once	77
CAPÍTULO Doce	81
CAPÍTULO Trece	87

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO DECIMOCUARTO	91
CAPÍTULO DECIMOQUINTO	95
CAPÍTULO PRIMERO—Uno	99
 SEGUNDA PARTE	
(25 de Junio de 197... - 24 de Diciembre de 197...)	107
CAPÍTULO A	109
CAPÍTULO B	111
CAPÍTULO C	115
CAPÍTULO D	123
CAPÍTULO E	125

PRÓLOGO

Juan-Manuel García Ramos es destacado representante, representante por excelencia, de esa narrativa canaria sobre la que él mismo ha escrito. La significación de la actual novelística canaria no es, todavía, suficientemente conocida y reconocida en la Península, pese a la importancia que posee. Doble importancia: importancia en sí misma, importancia como nexo entre la novela española peninsular y la novela latinoamericana. En el inicio hay que ver a Valle-Inclán; por la otra orilla, al Norte o al Sur del Norte, evidentemente, a Faulkner. Luego, de este lado, inevitablemente por decirlo así, a Cela y también *Tiempo de silencio*, de cuyo neorrealismo y superación, desde dentro, del neorrealismo, se ha hablado mucho, pero de su lenguaje no tanto, tal vez, como habría sido menester; del otro lado, los del *boom* y, más cercano, reconocido maestro de García Ramos, Juan Carlos Onetti.

Los contrastes son, a mi parecer, la más notoria característica de esta novela, *Malaquita*. Contraste, para empezar, porque salta a la vista, entre el discurso, fragmentado, roto, y la construcción, muy trabada, de la obra. Contraste, asimismo, entre el submundo de miseria, desechos de la sociedad y muerte, que se nos presenta, y el rico barroquismo del lenguaje, el brillante colorido de ambientes con el que nos es presentado. También el contraste espacio-temporal: los espacios, tanto los abiertos, calles, barrios

y suburbios de la ciudad, como los cerrados, el Colegio de San Juan, la pensión Florida, el cuartel y el regreso a la casa de ancianos, el bar Viena, son puntualmente reales; los tiempos, por el contrario, además de barajados, están sumiéndose y sumiéndonos en la irrealidad de añorantes recuerdos que, ni como tales, existieron más que en su hueco. Contraste en el juego contrapuntístico de los narradores, analfabetos o semianalfabetos unos, pero siempre ricos de lengua, cultos otros como el maestro y, sobre todo, el joven pintor. Contraste entre la maternidad y el incesto, la lujuria y el desvalimiento, la maldad y la bondad o, mejor dicho, de la "maldad sin culpa" pero también "sin remedio", entre la transgresión de todas las interdicciones y una última inocencia; "literatura de la infamia", cargada de hedores, tristeza y desolación, pero también de ansias de amor. Contraste, en fin, dentro de la varia galería de los personajes femeninos, entre uno, Dolita, la "Araña", que desde el principio al fin es quien está más presente, de alma y cuerpo presentes, en el libro, y el otro, "Malaquita", mirada de malaquita, que da título a la obra y que apenas aparece a lo largo de ella, porque existe más bien en su equívoca ausencia, en la continua y vana búsqueda por parte de su hijo-amante, presa de una orfandad irremisible.

La novela es, como otras de nuestra época, como la vida misma, fácil de leer, difícil de penetrar, de entender. Cuando conocemos a alguien, para lograr, de verdad, conocerle, hay que ir atando cabos, todos, en principio, sueltos, hay que volver atrás y recordar, poner en relación unos hechos con otros, entender lo entrevisto, lo dicho a medias palabras, lo apenas oído, aquello a lo que, en su momento, no se prestó atención. Igual aquí. La lectura de esta novela, como el conocimiento de la realidad, como el conocimiento filosófico, no puede ser lineal: hay que ir y volver, todo va siendo dicho, sí, pero sólo a medias. O, para hablar con pedantería, su lectura e interpretación, como la de toda auténtica hermenéutica, ha de ser circu-

lar. Yendo y viniendo, la desentrañaremos y, como se viene a decir en su lúdico-macabra cita inicial y *passe-partout*, extraeremos de ella sus entrañas. Sus —a causa de la comparación, casi no me atrevo a escribirlo— ricas entrañas.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

A Alejandro, Mercedes e Irma

*A Juan Carlos Onetti y
Dolly Muhr*

PASSE-PARTOUT

desimo: debajo del puente aser cosita porquelsueño porquelfrío y ojalá fuera como laotra ves bueno y qe nos toqe gordo bueno el primero qe viene sovre el puente es rejular pero biejo carrerita para que seche patrás carrerita poratrás paquesecaiga, este tamvién grita cuando le levantamos las piernias para qe caiga por la barandiyia y en cuanto cae pabajo patapás el cueyo se le dovla en una forma mui rrara de todos modos ai qe darle el piedraso i el piedraso para que no hase como el otro qe corrió i solo lo agarramos porqe enganchó el pie en un cimientto entonces peleamos mucho por las cosas, yo en laoscuridá creo qe casi le saqué un ojo a Yuyito, pero no con la navaja, no, la navaja espara cortar y darle las partes más frezquesitas a Matildica qe las toca muchho pero come, los demás tamvien pero tratando no mancharse, y los huesos, como la ropa, antes de la mañana, al río, i se unden mui rrapido, i nunca los notan jamás.

Luis Britto, *Rajatabla*

PRIMERA PARTE

(24 de Junio de 197...)

CAPÍTULO PRIMERO—Uno

24 de Junio

El gemido de la hembra regocijada en el camastro, desgredada y maltrecha, oliendo a orín el cuarto, con una mecedora algo coja y despintada de testigo, desarrolla en su joven atacante una nueva reposición de energías recónditas. La abuela, dolorida y satisfecha lo abraza maternalmente y lo invita lasciva a continuar. Una risa entrecortada de extenuación, alegría de victoria y tácito acuerdo, los envuelve en un freyesí entre mantas, sábanas con geografía de semental, colchas de indestructibles elefantes asiáticos, turbantes y samovares humeantes de los que chupan krisnas de fucsia mirada.

A la vista de un jesús dolorido que se retuerce colgado a la cabecera, se hociquean, malolientes los cuerpos, en un afán de busca de entrañas y reductos enrojecidos. La barba, escasa y recia, de su mentón, surca indisciplinadamente las carnes fofas, reblancas, sudadas de lavandapuig y calientes por el fragor. Ernesto recupera por unos momentos cierta estabilidad mental sobre el exterior y piensa que todos han asistido, reído o hablado en torno a su compromiso, a su recién estrenado enlace con Dolores Imedio, Dolita, que yace ahora semiahogada a sus pies, mirándolo con ojitos interrogantes con sus pechos caídos deliciosamente hacia la espalda y unos pelos marcados por la blancura de la edad.

Alejados los humores, restablecido paulatinamente el ritmo de sus resuellos, intenta detener el vértigo que le produce ese otro calor humano que siente a su lado. Se detiene a analizar la situación inverosímil de tranquilidad y cobijo en la que se encuentra sumido...

CAPÍTULO SEGUNDO

Dolita llamó a la puerta, sus párpados bajaban cansados y no presentaban armonía con las palabras pronunciadas, dos bolsos con hojas de periódicos inútiles e incompletos, cáscaras de frutos de hace días, mendrugos de pan musguiento y ácido, parecían escoltarla con la resignación del apóstol, todavía el brillo original de sus ojos, la delicadeza lejana de sus cabellos y aquella vocecita amable de adolescente libidinosa que paradójicamente seguía pidiendo techo barato, cobijo elemental, una suerte de asilo urgente, por favor. Los días sucedían en la estrechez de las aceras soleadas, las plazas desiertas de los mediodías, el trajín insoportable de Dorados y Anastasio Porras, donde encontraba la bazofia clasificada con meticulosidad filatélica en sus bolsos destartalados. Se sumaban en su mente la insulsez de las respuestas, los agravios y el desprecio cruel del resto de los compañeros de itinerario y demanda: pobres profesionales de siempre que veían en la vieja el personaje entrometido, recién llegado a la desgracia última de la limosna, y por lo tanto no merecedor de las exiguas bondades que aquéllos monopolizaban: "el coño la llevó al agua", menudeaban entre piernas torcidas, ojos ausentes y gestos epilépticos, repetían esquinados, bajo los soporales de las avenidas, en el callejón colectivo de las ciudadelas entumecidas y malolientes del centro.

El niño que salió a la puerta la reconoció y al mismo tiempo que introducía con oportunidad y estilo la mentira

de su soledad en la casa, sonrió con ironía volviéndose hacia sus hermanos ocultos en la sala contigua, cierta conjunción de voces y risas apretadas facilitó a Dolita el hallazgo, sin embargo no insistió, alzó sus bolsos grotescos y se fue con una serenidad que terminó por agradecer el muchacho.

La habían visto orinar vestida entre los coches, en los zaguanes modernistas de Callao Contreras, entre las tongas basureras de las calles muertas de Los Descubridores, y recordaban el rojo carmín de sus labios, rememoraban con armonía los sonoros sobrenombres de su juventud que años atrás inventarían sus padres o acaso oyeran a los betuneros o los taxistas de Capitán Hidalgo, y por fin abocaron a su último bautismo: "la araña" que aludía tal vez a sus piernas arqueadas y a sus delgados cabellos, aunque ni siquiera éstos eran los motivos verdaderos, "pero nosotros no la pusimos", se descansaban ante la burla infligida a la anciana.

No obstante, enloquecida por las fatigosas marchas urbanas al sol, sólo atenuadas por las intermitentes entradas a los zaguanes y tiendas en los que rara vez era atendida, contaban que la descubrían ofreciendo sus menopáusicos encantos a los estudiantes mañaneros, los empleados de mostrador, los repartidores de diarios y leche, ávidos, algunos todavía, de descubrir secretos femeninos en su sexo amoratado por los combates, en sus pechos albeados por el roperío sudoso de las caminatas. Sin frases de otro gusto, sin descender a la oferta verbal desprestigiada: sólo recogía con cariño uno de sus pechos del sujetador ancestral y, resguardada de otras vistas, lo presentaba sonriente al muchacho de turno, o en otras ocasiones, abierto su abrigo, aparecía con una mano introducida en sus inmensas bragas negras, con sus ropas recogidas a esa altura, dejando ver sus torneados muslos blanquecinos, enmarañada pelusilla encanecida de su pubis.

—La tipografía no tenía retiro y así mi madre, luego yo anduvimos solitas, mi hermano sí el pobre mientras estuvo aquí luego al irse usted sabe... Y claro, con lo de la Caridad pues no... apenas unos días... después nadita, ay...

—...

—No. Porque no. Nunca me gustó.

—¡...!

—Sí, me lo dicen y me lo dicen pero y no estoy acostumbrada a esa disciplina, es como pudrirse uno en manadita, acabándose así todos juntitos, y sabe: me encuentro fuertita todavía, no joven pero sí que todavía me las puedo arreglar..., no sé...

—Papá tan bueno siempre, usted se acuerda todos aquellos señores de antes tan cariñosos... otro tiempo, sí yo todavía pienso a lo mejor no se lo cree pero personas como aquellas que no se encuentran verdad... No me gusta contarle pero si usted, a lo mejor no se acuerda, sí Leonardo el de la Calera, los años que fuimos novios, pues como esos que les digo: bueno, cariñoso, sabe, y que era otra cosa, otra cosa...

—¡...!

—No, total bobita ya está todo olvidado, lo que pasa es que ha sido tanto que casi no tengo así personas con las que pueda hablar de algo convivido: primero papá, luego lo de Leonardo, ahí sí que por poco no me repongo, y luego ay tan cerquita lo de mamá...

—¡...!

—No, sabe, y que apenas queda gente que la quiera a una escuchar, sí todas las casas tienen sus problemas de puertas adentro, cuesta tanto sacar adelante hoy una casa y sí pues una ayuda, una ropita ya usada, cualquier cosa ofrecen, pero no les gusta ya que les hagan perder el tiempo..., hasta los niños a veces reaccionan así, pero hay que comprenderlos, sí es todo distinto, sabe...

—¡...!

—¿Lo de mamá? ¡Ay, la cabeza! No, sí para cinco años, usted ve que a veces no, la cabeza no me rige, pues

antes le dije cerquita y era como si ayer la pobre..., sí para cinco años, por las alfombras, que como nosotros teníamos la casita por la callita estrecha que viene de Contreras, bueno ya no se conoce con el ensanche, pero sí usted se tiene que acordar eran tres iguales como hotelitos, claro y como todas esas calles, Descubridores, Capitán Hidalgo y Los Álamos, puede creer que nunca he podido recordar el nombre nuevo, sí General Sanjurjo o Moscardó algo así, pero no, cree usted que a veces me preguntan y siempre Los Álamos, Zapateros, Transversal Cano, de ahí no me saque usted, y como le decía, un día tan señalado "brezo-crupta-vidrios biselados-cal-la maderael rosario-reinas luisas-el profundo olor de las reinas luisas-el frío-la vuelta..."

Ay, la estoy deteniendo... sí, no es que son tan pocas las personas con las que...

—No, no se moleste, paso en otro momentito, la he detenido tanto, pero sí, si tiene algo para ellos espero...

CAPÍTULO Tres

"Pero a pesar de los sostenes, contrafuertes, arcos botantes en los que se apoya el monumento, una cosa le hace tambalearse. No son los golpes de afuera, sino algo que no sé lo que es que está en los cimientos, que trabaja el cristal con una muerte insensible."

Jules Michelet,
La sorciere

SAN JUAN

Los tutores originarios, los que empezaron cuando se inauguró la segunda época, la de enseñanza especial, permanecen ocupando puestos similares en establecimientos afines, abiertos con posterioridad, algunos simultáneamente, a la clausura de San Juan.

El edificio en la actualidad se encuentra con sus ventanales agujereados por pedradas rencorosas, con los techos de cañizo desplomados, enfermas de herrumbre sus cañerías, con la loza sanitaria de sus retretes arrancada por la ira, arrasados por las ortigas y los cardos sus canteros y parterres; el edificio, no obstante, no niega a la vista su filiación racionalista, el profuso colorido de la vidriera de la capilla, a pesar de su entrada tapiada con viguetas, el campanario esquelético pero ágil hacia el cielo,

su baluártica figura en el entorno y el ramaje espeso y selecto de los laureles de indias que aún lo ensombrecen.

Nunca supimos si aquellos supuestos profesores se habían emputecido antes de llegar a San Juan o si habíamos sido nosotros los causantes de su transformación. Altos, orangutanados, de movimientos torpes y ojos protervos, acechantes siempre, con el olor incrustado de sus constantes eyaculaciones, producto de los largos encierros traicioneros, y más tarde: casi todos, amariconados con la cercanía de nuestra extraña pubertad y con la lógica inclinación de los padres religiosos, condescendientes en todo con sus conductas.

Aún tras la distancia en el tiempo, llega la mente al enloquecimiento con el recuerdo que a todos terminó por destruirnos.

San Juan estaba en el umbral del sur, donde el viento racheaba constantemente, la tierra gruesa andaba en tromba de una parte a otra, la retama y los palmerales se agitaban convulsionados y se desmoñaba el eucalipto oloroso. Era un viento que en el otoño llegaba a ulcerarnos las retinas, a desertizar los alrededores, de regular vegetación subtropical.

DIARIO DE LOS AÑOS DE SAN JUAN

"Las ventanas en las tardes aparecían como ojos, el tornasol de sus vidrios, el desgaste de paredes de guerra, muros medianeros sembrados de cristal, siempre estuve en describir todo esto con más meticulosidad, para otra vez siempre las cosas porque entendí que en otros momentos había otras posibilidades para todo lo que ahora quería hacer...

¿Escarlata? Los pechos, el rosetón de los pechos de una mujer, tal vez algo oscuro quiere decir ese nombre: azul,

púrpura, escarlata, blanco, oro... En qué cosas se hallarán esos colores con más pureza —¿púrpura?—...

El director dijo que todos los domingos habría paseos para todos los buenaconductas, y un huevo, dice Cristo, pero yo creo que es posible, como antes en el orfelinato, cuando los domingos nos cruzábamos con las filas de los del Seminario: Rafi y todos a una: mariquitas negras. Los cachetones de Jesús, que era gran persona, pero se cabreaba cuando nos sorprendía buscándola con el curerío tímido y siempre callado, alargado como una estela a través de esa calle ancha que va para Lavaderos.

El sol parecía cortado por la mitad y las hierbas eran espejos puntiagudos, el mar era una página, los árboles los enemigos, Antonio, Rafael, Cristo, las tejas pestañas, y fuera el cielo de la misa el otro día, los domingos me muero y, a veces, me toco enloquecidamente y soy al final de todo el más infeliz de este, otro, el mundo... ese...

«Porque también los paseos, los cañaverales del pequeño barranco, lodazal de lujuria las historias discurrían por las mentes frescas que contemplaban al cura pajeador de muchachos a cinco duros sesión y lectura sumisa del octavo versículo entre los álamos, los paseos mañaneros de invierno: acudíamos chozpando como corderos con aliento cafeconleche a través de la ciudad marchita aún, con rastros inequívocos de domingo: mayoría de compradores de diarios, escaso rodamiento, ciertas campanadas en la distancia, esquinas de hombres peinados con humedad, nuestro cordón de muchachos que discutíamos en una fila informal de caras tan conocidas y desconocidas al mismo tiempo, tan odiadas, hijos de la puta madre, compañeros, hermanos, las ganas apenas de todo esto...

Como dice Antonio los domingos sólo sirven para observar con frialdad la otra cara de la desgracia, el otro estadio de la lástima que uno siente por todo lo que el

mundo es por fuera de San Juan y de uno mismo, los saludos, las conversaciones, el comportamiento de los niños, otra amabilidad entre los hombres desconocida y lejana de nuestra manera de ser, de la vida de allá adentro...

Una sensación vertiginosa a la caída de esta tarde festiva en el regreso de los guerreros después de perder la batalla acostumbrada, del trasvase de impresiones, los últimos resultados de la liga y la imagen tardía del distrito de los Descubridores que empezaba a ser recorrido por los ociosos, las parejas y el desencanto del soldado-abeja..."

CAPÍTULO Cuatro

DIJIMOS QUE LA ANGUSTIA

Los años de la pensión Florida lo separaron definitivamente de una juventud rengueante. El talle, el traje blanco de la noche que apareció con aquella mezcla de arrojo y timidez, la mirada fugaz, huidiza que pudo apreciar Ernesto desde su bisoñez sexual. La algarabía en el verano depositado en el patio desde marzo. El nombre se lo robó a la cocinera entre una conversación deshilvanada. Irene y hacía años que faltaba. Alguien, me dijo, se los atribuía de cárcel.

Los recados le entretenían la mañana. El mediodía y la noche repartidos en servir las mesas, recoger y ayudar en la cocina. No obstante, por aquel tiempo la siguió viendo. Algunos la trataban como de siempre, quise al principio creer que eran familiares. Una noche, en el zaguán que se había cerrado súbitamente con un viento inesperado, tropecé con sus ojos, anduvo entonces hacia mí y me besó en la boca que se había atraído con las dos manos.

—Esta noche subes —me dijo alejándose y metiéndose por entre los cabellos unos dedos largos y cerosos.

.....

Vas a acabar con el niño, él no conoce. Apenas hace unos meses lo trajimos de San Juan. Cómo es que un chiquillo así te puede gustar.

Él qué dice a todo eso.

A esa edad puedes causarle un gran daño, no por las relaciones que al fin y al cabo para que se las haga él solo mejor es así, pero es el cariño el que lo estropea, es hurafío y desconfiado, nunca acepta un consejo, tiene como una voluntariedad que no me gusta nada, estos chicos que se han criado solos...

Rellenábamos conspiradores la botella usada del coñac con aquel vino ácido que entre las sábanas tanto nos sabía, suspirando mi niño servía a su majestad con una trayectoria delimitada en todos sus detalles en noches de aprendizaje, los humores y el recio peste de la humedad del cuarto, suponíamos las caras destempladas de las comadronas en el secreteo pela-patatas entre dientes, las sílabas olvidadas entre las fritangas y el "ya-va-a-estar", deducían contactos caprichosos e inquirían mañaneras el porqué de nuestro amor, el porqué de mi capricho, desde años de dura lucha por mi parte ante las barras de la madrugada, el homenaje al alcohólico de turno por unos duros al principio, te acuerdas, la complicidad acechante, no me diga se acuerda, sí apostaban por los mínimos datos, con una envidia envejecida entre conversaciones rotas con mi presencia inesperada, hasta pasados los meses de concubinato que terminaron con mi marcha con el agente comercial nuevo que ofreció techo y pan por alguna temporada incierta que me ayudó a olvidar los recorridos diurnos de pensiones cómplices, vocecitas turbias y comentarios en estela tras mis pasos...

Le dijimos que no hiciera caso, que las mujeres se van de la vida de los hombres, y sólo se es hombre cuando se aprende a olvidar, se aprende a dejar de querer, que no nacimos para eso, aunque tú desde siempre lo andes buscando. Aun así no se pudo evitar: comenzaron sus caminatas eternas por las avenidas, los sueños en voz alta pidiendo urgente su presencia, gemía y todas terminábamos en su habitación rebuscando en sus ojos algo de consuelo, un atisbo de afán de olvido, una vuelta

siquiera a su condición huraña. No obstante, supimos a través de sus confesiones nocturnas de sus heridas de San Juan, del cariño impenitente a un amigo Antonio que iba y venía a su mente, del desengaño que le producía cada uno de sus actos, de un vacío que podíamos tocar todas con la mano y que nos dejaba frías durante horas, en silencio, con una impotencia que nos transmitíamos en repugnante acuerdo.

CAPÍTULO Cinco

MIRADA DE MALAQUITA

Verde-troceada, animal, congestión de asombro y brillo, la mirada que enseñaba, desprovista, de plano, de cualquier parecido a la inmundicia con que las lenguas y los rumores codiciosos la relacionaban.

La vimos irse por aquel tiempo en que las banderitas de celofán —a listas rojas y blancas, a listas azules y blancas, balanceantes, gastadas de color ya tal vez— de las fiestas de los barrios periféricos iban siendo arrancadas por los primeros vientos, una tarde confusa de estaciones, quemados ya, para las lluvias, los pastos de los extrarradios lejanos y aurorales. Cansada de hombrecitos alcoholizados y casposos de la noche, prendida al corredor de ventas, enjuto y destartado, sin convicción, exhibiendo más una huida que la necesidad de marchar. Dibujando su rostro otro aplazamiento, el desatino de la cobardía, escondía un parpadeo triste y nervioso tras el impacto de su traje blanco y unos tacones excesivos. Mirada de malaquita, sobrenatural, tras la cual no le es difícil verse ceñida por la cintura, aplastada contra la pared, dibujada de zapatazos y escupitajos, de la sala de billares de la calle 32 ó 33, zafándose inútilmente de su primer patrón de gafas negras y empalagosa figura. Corroída por la fama de esa primera relación, intentando durante tantos años combatir esa imagen, comprender el grado de la voluntad que aportó o la estúpida resignación con que terminó acep-

tándolo. La pálida maquinación de los amantes para conseguirla, las veces que dudó de su sexo ante la frialdad que cada hombre la acrecentaba con sus caricias, con la idea incrustada de acabar pronto, hablar menos y marcharse a sus pringosas casitas a verse entre la seguridad de hijos registrados y esposas engordadas de inercia y desconsuelo. Andar sola a través del chumizo, de los barroos pertinaces de los inviernos de la Mutadelsa, hirviendo de fiebre, hasta las farmacias cómplices en busca de remedios y regresar sola oyendo ofertas como relámpagos en su cabeza ida y su cuerpo involuntario, las primeras grietas verdes que surcaron su vientre y aquellas dos faltas que quiso desoír por quizá esa remota y formidable querencia de las mujeres de verse preñadas alguna vez. Pasear esa figura grotesca por los suburbios añadiéndole padres al que no tendría ninguno, evitando las penetraciones profundas que siempre terminaban siéndolo, soportando bufidos y vómitos, alientos de intestinos perforados, porque ahora los clientes importantes buscaban el pelo crespo de los pubis de las muchachas de Ghana que se habían puesto de moda en lo de Irma, encandilada durante todos esos meses de la desfachatez de su suerte.

Se columpian en su memoria los dos abandonos, esas dos claudicaciones alejadas que contempla fríamente: el cinismo que adivinó en las monjas del hospicio y que terminó por agradecerles al satisfacer la cuota voluntaria que aquéllas recibieron por ignorar las circunstancias de la entrega, una pañoleta ajada y descolorida, cansada tal vez de recorrer trayectos parecidos, la ausencia de esa culpabilidad que el resto de las compañeras le habían maliciosamente adelantado y que ella, al menos durante todos aquellos primeros meses posteriores al parto, desconocería, porque era vivir lo que ahora deseaba, desasirse de todas las humillaciones que el embarazo le produjo, buscar de nuevo la compañía de un hombre que le demostrase que todos no terminaban siendo iguales, buscar la calma relativa de la casa de Marcantoni que había venido solícito a ofrecérsela, "Lo sabes. Tu cuerpo, esos ojos, no tienen que

estar por los bajíos de lo de Irma, o los cafetuchos de la Mutadelsa. Yo voy a hacer de ti lo que mereces. Pero ahora debes descansar". La honda sensación de que algo empezaba, de que la vida, por primera vez, valía la pena vivirla. Fue el tiempo en que ya no fueron las puertas batientes de los bares de Princesa Xenia o Relojeros, ni los emplastes de los inviernos entre las casitas, sino los sillones mullidos de los automóviles silenciosos y brillantes aparcados frente al chalet discreto de Los Bajos, mucho más cerca de la civilización de Los Lavaderos y de las gentes, el tiempo de aquel hall en el que Marcantoni siempre nos aconsejaba hablar bajito y de asuntos que nada tuvieran que ver con nuestro trabajo, de habitaciones espacia-sas donde no había que soportar la presencia del bidé profesional o el alcahuete de turno, onanista y mirón. El del Marcantoni fino y cariñoso, de noches en su habitación queriéndonos sin miras ni propuestas: "A veces, he llegado a pensar que más que un tratante del sexo, lo soy de compañía. La gente cada vez está más sola, está claro. Vienen aquí a buscar lo que tú y yo ahora nos concedemos sin tomarnos la molestia de darle nombre". Matinales paseos por escaparates perfumados, esposas ociosas y distinguidas y niños con prisa de escuelas, desayunos plácidos por el centro y un sentimiento de felicidad que parecía salirse por los ojos o las muecas imprecisas de su boca, o tal vez por aquel andar loco y elástico serpenteando entre aglomeraciones y bocinas, justo hasta concurrir a la visita rutinaria al dispensario y oír, después de habérselo visto pensar, al médico la afección detectada: "Otra vez roséola, dios mío, dichosas infecciones". Los días siguientes en que todas adquirimos aquel color pardo de nuestros pechos enronchados, la frecuencia de hemorragias por mucosas purulentas y el descrédito adquirido con nuestros internamientos ineludibles después de los cuales no supimos ya nada de Marcantoni ni de un viaje a Hispanoamérica que algunos le achacaban con perfidia. Y de nuevo a empezar con algunos meses más de edad y la desventaja de haber sido favorita o tan sólo elegida, de

aquella convalecencia tan cercana. El paso, de nuevo, a la clandestinidad de suburbios, a la brutalidad de las compañeras envejecidas y enfermizas limosneando un cliente o la posibilidad de comer, sabedoras del emboscamiento apropiado a los jóvenes, a los más bebidos, a los ciegos o a los paralíticos, aquel clima de agresividad de noches de sábado, de marinos taciturnos e irascibles y soldados con prisa. Otros tiempos, otras épocas opacas, otros nombres diluidos o para siempre enterrados. Toda esa existencia hasta este segundo abandono que nunca debió ser reencuentro con lo que antes era criatura y ahora hombre, con lo que antes pudo ser parentesco y ahora era extrañeza, a veces compañía o atracción, todo lo que las matronas de la Florida se esforzaban por entrever mediante la reprobación o el espionaje, una forma de relación que consintió por consentir, buscando atar ligaduras, cerrar abismos entre aquel chiquillo nervioso y desconocido y el ser que ella había alojado en su pensamiento con desgana, la conversación tácita que siempre estuvo sosteniendo consigo misma y de la que nunca se atrevió a dar cuenta hasta estos días atrás en que saberlo ahí y verlo había pasado a significar más que todo el tiempo de olvido disimulado, más que todo el peso de la promesa que en esta oportunidad tampoco se había decidido a romper, que aplazaba por segunda vez al hacer un pacto con la distancia real de los espacios.

Cuando todas lo vimos acompañarla con las maletas al taxi, cuando todas lo vimos mirarse, terminamos por aceptar que entre aquellas dos personas se deslizaba un lenguaje inapresable, remoto, donde las palabras dejaban de servir y eran precisamente los silencios por ellos frecuentados, los que tejían algo vecino del amor, de la amistad tal vez, del parentesco, algo que ambos poseerían en secreto y que estaba más allá de nuestro alcance, fuera de nuestra comprensión, algo que el tiempo tendría que entregarnos.

La vimos irse con los ojos depositados en el suelo de

la acera desierta, eludiendo menos la vergüenza, que a todas nos constaba que no existía, que un irrefrenable contubernio con la búsqueda, prisa de lugares y de hombres, afán de sepultar horas vividas, inestable confianza en lo ya conocido, convirtiendo el mundo en una fiesta de múltiples y dramáticas atracciones.

CAPÍTULO Seis

LONGITUD DE DESTINO

Todo empezó a aparecer como por un inmenso intersticio, Nacho de las horas lánguidas de los mediodías susurrando:

"Qué cómo qué qué relamen los lobos las cintas ceñidas, las niñas del blanco satén, juntas todas de fiesta desfilan, colocan cenefas, sonríen sensatas, se ajustan discretas el chal..."

El cromatismo de las neblinas invernales y el afán perforador del viento en los enlucidos acarreaban una angustia que yugulaba sus iniciativas, las instancias de las abuelas a la laboriosidad, cualquier tentación de abandonar los recorridos diarios, impertérritos, por la anchura desértica de Anastasio Porras, el ajetreo de Dorados o la cita en Transversal Cano con Nacho y sus gentes que sacudían frente a sus oídos frases inconexas que siempre estuvo por descifrar. El zumbido de sus tímpanos acolchaba el frenético parloteo de ciegos y retrasados en íntima convocatoria mañanera, ojeando con desgana despreciaba recados y promesas, risas y complicidades pueriles.

Transcurrían horas anónimas en un cielo bestial de rutina, sus horas de almuerzo en un comedor de trámite, los consejos desconsolados de las matronas pérfidas, el olor constante a col podrida y los viajeros nuevos o los simples viajeros comentando las señales de pubertad que aparecían en Teresita la Niña yendo y viniendo a la

mesa, despreocupada y perversa atándose con infinita calma los miles de lazos de su vestido ennegrecido con el hollín hediondo del menaje ancestral.

Acostumbraba tocarlo en el cuarto de plancha en las sobremesas fatigosas cuando escapaba de las conversaciones desabridas de las cocineras en su hora del café, aunque Ernesto no contribuía a las sesiones, mostrando una antojadiza pasividad que acrecentaba en la jovencita el placer de la clandestinidad de sus citas. La impaciencia en las horas de la noche por acogerse a la placidez de un sueño que arrinconara por algún tiempo sus obsesiones, esa imagen de traje blanco que se sucedía en su cerebro con una persistencia creciente y destructiva, el nombre evocado en cualquiera de los rincones de aquella casa transmutada, el hedor inolvidable de sus articulaciones, las mágicas disposiciones de sus encuentros, un tiento de carnes fofas fugazmente desaparecido que lo invitaba de nuevo al anhelo de acortar distancias ficticias en su busca, a no despertar jamás de ese sueño eternizado.

Y esas otras horas de pasos deambulantes, ecos de pisadas propias, que terminaban por equivocar la arquitectura del día, trasladándolo en periódicos segmentos a una discontinuidad desconcertante del paso del tiempo. Sólo aquellos momentos del doblez caprichoso de las mantas sobre su cuerpo tembloroso que puntualmente doña Lorenza realizaba en el comienzo de las noches interminables y los buscados secretesos con Teresita, reavivaban sus ánimos decrépidos, su esperanza paradójicamente longeva.

Sólo tras los diez meses transcurridos vino a mostrar cierto interés. En la víspera de la Navidad, un día intruso de sol en el invierno le hizo saber a la señora Rosales, seña Lorenza como la llamaban todos con familiar estilo, que en adelante podía encargarle recados y labores menores de la pensión, pues había notado en los últimos días que había empezado a aburrirse. Fue el tiempo en que todos comenzaron a descubrir sus relaciones con la Niña. Enronqueció su voz con el alcohol que los especialistas de

la Compañía Eléctrica, convocados ese invierno por el nuevo tendido, le enseñaron a tomar en sus celebraciones de los sábados, y su caminar terminó por adoptar un tono de arrogancia que no condecía con sus padecimientos del reuma. Vislumbraban las abuelas su entrada en la mayoría con cierta curiosidad y regocijo que no dejaban de expresar en su presencia, acrecentando con ello esa vanidad masculina que siempre terminan propiciando las mujeres allegadas. Aumentaba con los días el cuidado de su pelo, la disposición de sus ropas, un ansia de distinción entre el gentío heterogéneo de la Florida. Doña Lorenza, celestinescamente, no sólo se contentaba ya con arroparlo sino que encaminaba con destreza a la Niña hacia su cuarto la mayoría de las noches de la semana, reservándose algunas en las que maternalmente y entre sábanas se dejaba hacer mecánicamente por aquel hijo-esposo indetenible.

Sus veinte años se presentaron entre estos dos raros cariños compartidos. Celebraban con entusiasmo ese olvido momentáneo de aquel primer encuentro casual. El nombre de Irene adquirió entre las paredes irregulares de la mansión un sabor de tumba que todos apetecían. Nacho, los recorridos, el sonar profético de bastones de ciegos, el sabor de angustia de la madrugada, desaparecían veloces de su consciencia, adentrada en un salto vertiginoso hacia la realidad. Todos vieron su espléndida, sincera sonrisa cuando el viejo Ramón —sólo dos días habían transcurrido desde su llegada— se dispuso a esperar dulcemente que herreras, tal vez silbantes sargos de platina o una colectividad de sardinas asustadas por el ventisquero, mordiesen los anzuelos pendientes de la caña que asomó desde una de las ventanas de la pensión a A. Porras. Empeñado en tornar el asfalto reverberante en brazo de mar en paz, en blanqueadas rocas erizadas, o en hilo de agua a través de pinos y tomillos, entre la festividad que deshizo los rostros de rutina de los ancianos y las matronas, el trastorno de carcajadas de los transeúntes y los vecinos que el viejo decidió reconvertir, para sus oídos, en trinos y arrullos, tec-tecs cercanos de capirotos

ocultos por entre jaras y zarzaparrillas, lentitud blanca de gaviotas por posarse y enormidad de recuerdos de veranos niños entre algas y padres, sonrisas y amistades-amores ya perdidos, caricias y frases limpias...

Todos concluyeron en considerar aquel signo de alegría compartida como el final falaz de la obsesión que lo llevó a dar espaldas a la rutina y a los días, entregarse fervoroso al pormenor de los instantes regalados por ella entre las sábanas o en la banalidad probable de conversaciones inútilmente olvidadas, andar extraviado por entre viejos compañeros y rincones, afirmar la decisión mortal de abandonarse. Aquello que unos decidieron llamar los "despistes de Santos", otros malcriadez y desgana, y que los queridos intuyeron como su final.

CAPÍTULO Siete

LOS VISITANTES

Aquella mañana, después que Teresita, congestionada, bajara las escaleras para dar la noticia a borbotones, él, en un rincón, abstraído de comentarios, trámites y visitas de curiosos, repasaba calmado el texto desigual de la despedida (Doña Lorenza, he muerto feliz. No se preocupe.) de Luis-Román Fenollosa, hallada junto a su cadáver, por la Niña, aún impresionada.

Supo por el viento que se arremolinó en el patio que algo, de nuevo, invertía el ritmo de sus días con la marcha de aquel ser que desde hacía escasamente un año había conocido. Un pacto con su memoria rehízo escenas lejanas y borrosas.

Tal vez un mediodía caluroso cuando lo vio bajarse del autobús en A. Porras y arrastrar con desgana aquella maleta de fajas herrumbrosas acaso hacia Dorados o Los Lavaderos, con la confusión primera del recién llegado. Pero no había sido esta circunstancia ocasional de visitante, ni el impacto de su esbeltez adulta envejecida, sino la peculiar disposición de su mirada lo que había decidido su curiosidad desde el principio.

Celebró la ocasión de una amistad posible cuando, horas más tarde, vio que lo recibían en el zaguán de la Florida, más cansado ya y sudoroso. Él mismo le ayudó con la maleta hacia su habitación, en la misma que ahora

compartía con cirios y vejestorias entre beatería y desconuelo, murmullos y bostezos.

Dispuso una sonrisa en sus labios al recordar el desasosiego que ocasionó en las abuelas la retención de su singular apellido: desbaratado y atrofiado en tantas ocasiones; la paciencia que acompañaba a tales traslados y reveses. Quiso pronunciar, en tono burlón, algunos de los múltiples comentarios que suscitaban sus tardías apariciones en la mañana, en la que se le sabía durmiendo, sus horarios desaliñados que terminaron trastocando el régimen de servicios de la cocina, sus largas conversaciones en la sobremesa, los desvelos increíbles hacia su higiene. Costumbres irrenunciables, como él mismo afirmaba, que todas terminaron por aceptar.

Le pareció, por unos instantes, que bastaría un pequeño esfuerzo para oír ecos de su voz adherida en los pasillos, requerirle con falso autoritarismo: "Santos, Ernesto Santos" —como llegó peculiarmente a denominarlo—; encatgándole alguna bolsita de Siberia, su tabaco húngaro de inolvidable aroma.

Pero por encima de todo ello, recuerda de qué forma insensata anduvo días enteros componiendo en su mente los rasgos fisonómicos de la Irene perdida de la que tal vez él supiera. Estaba ahí rememorando lugares que Ernesto sugería con empeño, describiendo miles de mujeres que llegaban a enervar su imaginación debilitada, prometiéndole una nueva sesión de rastreo que los encaminaría a su definitiva localización.

Interesado por la Irene de Ernesto, Fenollosa solicitó noticias de doña Lorenza. Le habló de años de distancia, de las horrorosas —muequeaba al pronunciarlo— relaciones que habían sostenido, del cariño indestructible que había hecho desarrollar en él. Le habló de la crisis que, tras su marcha, le había producido, de sus sueños obsesivos, de las simpatías de la Niña: de sus cariños juveniles, distintos, agradecidos por todas para su salvación; de su obstinación y rebeldía y de lo contentas que estamos todas por tenerlo aquí.

Que más atrás quedaban unos orígenes nebulosos y ese apellido Santos que parecía una maldición del cielo Jesús, tan triste infancia, no la merece ni un perro, esos colegios mejor... Solicitaba de su madurez y preparación —Maestro había dejado escrito en la ficha de registro— sostener conversaciones divertidas y originales que lo alejaran para siempre de recuerdos amargos, tristes experiencias, usted no se imagina.

Tales urgentes encargos, las horas abundantes de desocupación de ambos, la estrechez de los espacios, fraguó una amistad menos buscada que natural.

Desde la llegada del Maestro, se aceptó como un hábito que un irrefrenable impulso lo sacara a la calle los sábados a la noche y lo orientara por Mutadelsa, tras las dunas de Los Lavaderos.

Ernesto aprendió de mujeres, después de muchos sábados en su compañía recorrer el poblado de la Mutadelsa, como entre los hombres se conocía. Fogonazos debilitados de entradas y salidas de parejas a casas destartadas, los piropos insólitos de la mascarada: "¡Voy camino a la locura...!", se despedían jactanciosas de los mariposas locas arremolinados, sedas, rasos y terciopelos escarlatas, rojos y un recalcitrante olor a ajos que parecía descender desde los balcones a la calle, las retumbonas voces tras las batientes: Bar La Coja. De sus incursiones, terminó por sorprender a Ernesto la pasividad con que recibía todo este ambiente, la casi familiaridad que ostentaba con orgullo. Este hecho, y el más extraño aún, a su edad, de no responder a ninguna de las numerosas ofertas que mujeres desconcertantes, así se le presentaban a Ernesto, persistentemente le hacían.

LO DE IRMA

Justo hacía dos meses —tragó con dificultad al equiparar las dos fechas, los paradójicos momentos que apelli-

daban— habían burlado los límites convencionales que separaban la Mutadelsa de Lo de Irma.

Hay un dato que aún ostenta con convicción: esa tarde Fenollosa traslucía una melancolía pródiga; masticaba en sus actos un proceso de aniquilación creciente que vislumbró en su mirada emigrante cuando bajaban hasta los médanos, hasta los areniscos de Irma, pisando la barrilla y las babosas marinas, recreándose en un horizonte indiviso ocupado de anacrónicos dromedarios que arrastraban arados y cangas, resoplando, tal vez, tras las incomodidades de sus sálamos. Bajaban a completar una tarde desperdiciada entre los bares mugrientos de la Mutadelsa; dejaron atrás las Conserveras y la vieja Estación de Tranvías y se cruzaron en el trayecto con tertulias de cambulloneros y estraperlistas, junto a las cuales y en desorden aparente yacían ciertas cajas de mantequilla Anchor, convertidas de forma conveniente —las cruzaban con un encordonado de bala— en carteras de negocio.

Se adentraron en las veredas laberínticas del barrio de lesbianas; aparecían los restos de un suburbio propiciado por el envejecimiento de las doncellas. Vieron la crueldad de algunas de éstas, sus miradas nostálgicas al fondo del mar, la perennidad de sus agonías. Comentaban en el entretanto la imagen insólita de una vieja que recogiendo en su regazo frescas crías de gatos se dedicaba a destrozarlas contra unos muros derruidos entre el hervor del llanto de la gatería y un estornudo de risas paranoicas.

Ambos pidieron ron en un bar del comienzo de la calle ancha a cuyos lados estaban instaladas las casitas de muchachas en alza. Ernesto le estuvo hablando aquella tarde de la leyenda de Rubén el sirio situada por estos pagos, de las miles de muertes que se le achacaban en defensa de los intereses de Irma, la mujer que había fundado este arrabal después de la guerra, y de la cual no se sabía nada hasta la fecha. No obstante los esfuerzos de Ernesto, se le veía preocupado y distraído, tanto que desistió y estuvo todo el rato depositando su vista desordenadamente en el cubículo. Sólo cuando estaban por irse,

lo oyó preguntar por lo que era una evidencia que él había podido comprobar.

"¿Sólo se buscan las mujeres aquí?". "Solamente. Aunque a veces los hombres pagando fuerte consiguen lo que se llama una sesión, una noche en tres."

No pareció interesarle la modalidad y regresamos a la Mutadelsa, era tarde, estaban borrachos, fue la primera vez que Fenollosa mostró intranquilidad con su estado.

Desde aquella visita había observado en su comportamiento una degradación de carácter, una acidez de ánimo que desde las últimas semanas —más tarde, cuando doña Lorenza lo llamó como el único hombre de la casa que podía ayudarla en colocar al maestro sus últimos vestidos, terminó por comprenderlo: las ulceraciones invadían sus rodillas hasta el estómago, el rojo jamón de los surcos entre los muslos y aquella palabra que oyó a la abuela como una exhalación: "Chancro...", apartándose con desespero— había terminado por enturbiar la amistad.

Aquella mañana, luego de recordar algunos rasgos del tiempo compartido con Luis-Román, después también del aspaviento de doña Lorenza —el descubrimiento abría hacia el infinito un nudo de comentarios, capítulos enteros de comprobaciones y presagios— subió, en acuerdo con Teresita, y hasta con cariño terminaron por vestir aquel cuerpo engusanado que las abuelas no se explicaban cómo podía haberles pasado desapercibido.

En el entierro extrañó a Ernesto la afluencia de gentes de la Mutadelsa, sus lágrimas exageradas, una muestra de consuelo irrazonable; tal momento, aquellas presencias imprevistas e inexplicables, le produjeron un desasosiego que sólo la voz calma de Teresita, su insinuación hacia los cuartos de arriba como en tantas ocasiones, distrajo temporalmente. Pero esta vez un ansia de abandono que

ambos acordaron al agazaparse sobre el somier renqueante, huyendo las miradas de sus ojos, sólo roce de carnes para sentirse lejos de la experiencia compartida horas antes, aquel encuentro fortuito con la hediondez humana, la pudrición. Amarse anónimamente y acudir tan sólo cuando tras la puerta reconocieron los pasos indecisos de doña Lorenza, atenazada aún tras el descubrimiento, el desorden increíble de la casa. Todo lo que esa misma noche la iba a conducir, defendida sólo de una combinación negra —sabía el fetichismo de tal objeto en Ernesto—, a la habitación del niño.

Muchas veces, su mente llega al entorpecimiento, al intentar una reconstrucción de aquellas horas lentas y asfixiantes de miedos mutuos; tales y tan diversas son las circunstancias que lo rodearon. Y a pesar de la evidencia de su desaparición, retornan aquellos días que lo vio, deslizada su edad incongruente y nebulosa bajo la sábana humedecida, depositada su vista sobre un cigarro encajado entre sus dedos, hablándole de instantes aquietados con deleite en su memoria, "la alegría increíble sobre la playa de guijarros tenues y el desprecio por el hábito de vivir, sabedores ambos de lo efímero, de lo volátil de esa situación que sin embargo, y con el tiempo, lo llevaría a la insatisfacción de otro presente por la única razón de esos momentos que ahora podía exhibir como sus únicas pertenencias". Tumbado entre el humo espeso y la desgana de agarrarse a la vida, zigzagueando quizá entre melodías —voces ocres detenidas— y sabores, signos débiles que se disponía a atrapar desde su yacimiento, aquel origen común de expectativas, "la ducha en olvidados vestuarios desiertos de verano, hundidos uno en el otro a través de las vacaciones que ella tanto te agradeció, Irene de sonrisa amplia y salobre, labios congelados por ese mediterráneo que los cobijaba y les permitía la salida del tiempo de los flickers, de los pases de atracciones anacrónicas, de las voces deterioradas por el fracaso y la nostalgia, himnos

inútiles para la destrucción rigurosamente diaria: la selva hostil que afrontaron hasta la separación...”, la ida inevitable, absurda, de aquella Irene que los ojos asustados del chiquillo, a los pies de la cama, le devolvía con una desengañada y desagradable fidelidad.

Adivinando en las volutas huidizas cada paso amable de su carrera, zonas ocultas que Ernesto deseaba entrever en la alegría momentánea que alcanzaban aquellos ojos cansados de los últimos meses, cierto ritmo lento de sus evoluciones, el desánimo, una furia acallada contra sí mismo. La curiosidad que se le desencadenó, tras la muerte, por la lectura de los escritos en desorden abandonados en el cuarto del maestro.

En las noches siguientes, duerme en el cuarto de Fenollosa y se le ve hasta la madrugada con luz; ojea incansablemente esa herencia impresa que el maestro le legó:

“Regimiento Ingenieros... Cuartel “...” Primero que vayan practicando el montaje y desmontaje del subfusil.

C) Dios creador.

Dios es amor (1., S. Juan) —Calabozo: Me dijo, dijo, le dijo y se quedó pensando, iba a decir algo: el paraca tiene la culpa, dijo: fue con el anillo...—, ser personal y activo, sustancia vital, no cerrado en sí mismo —: que se lo lleven de aquí: no puedo ver sangre, dios. El paraca tiene la culpa, mierda, cuando se vuelva a tirar se le va romper el culo, seguro: que se lo lleven, no quiero verle sin oreja, coño la sangre: el paraca tiene la culpa: la silla, le dio con la silla: vienen y nos joden, cállense. Cállate, aunque tenga la culpa el paraca, cállate...— se comunica con el Amor, en esa intercomunicación de vida que es el misterio trinitario —Me buscaba, día y noche me buscaba: inyectado, ni una sola célula de tu cerebro es de persona ya, me buscabas día y noche, me buscabas. Está temblando; llamen a alguien y recojan esa oreja del suelo, lo pueden arreglar si lo hacen rápido: no llores ahora mierda, ponle algo, no quiero verlo así, no quiero...— y se proyecta fuera de sí mismo en la creación —Ten calma, ponte la funda de la almohada, tráela, tráela tú,

tráela; me buscabas día y noche, me buscabas una y otra vez, te van a seguir jodiendo otros seis años, te van a seguir jodiendo. Tiene él la culpa, no dejen que se enfríe, recógela con algo limpio, pueden arreglarlo todavía, rápido.— El mundo y cuanto existe fuera de Dios, de manera especial el hombre, como ser privilegiado, —Qué suerte tengo dios, qué suerte, tú te morirás como un perro hediondo, eres basura a los treinta años, tienes treinta años y eres basura ya, yo saldré de aquí pero tú te pudrirás. Llamen a alguien y que se lo lleven, yo no soporto esto, les juro que no lo soporto, llamen a alguien por dios...— (imagen de Dios), han sido creados por Dios, y son una manifestación de ese amor de Dios que llama a participar de esa vida y de ese amor...”

Conceptos: Fuerza en revista - Agregados.

Quedan presentes. P.M. Comandancia.

...

“Corría hipnotizada, siempre vivas, rizos de vouganvílleas, calcáreas paredes y el sol. Lujuriosa por primera vez. Apetecible al hombre. La vergüenza dejada a un lado. Despierta. Tul blanco como única prenda pegada a sus carnes, frenética. Cómo frena un dintel. La tarde de siempre afuera.

Ese teléfono que suena precisamente, la oscuridad repentina de la habitación, una voz insegura que pregunta por un nombre de mujer, el suyo, sí, estaba, era ella y el hombre preguntaba, sólo podía ser él, con sus costumbres, sin innovarse, snob imposible en algo debieras ser, imbécil sí, ¿a qué hora dices?

quizá esté

podría salir, ¿o no?

No, no saldré, pero podría darse el caso.

Da lo mismo, a una hora o a otra serás siempre mal

recibido. Verte como algo nuevo, con pasión, como nunca te he visto, después de tantos años de cama compartida sí ya sé que tu cátedra te absorbe, bueno está que el marido traiga dinero para la guapa, pero también hay otra cosa.

Nunca lo entenderás porque sólo querías una silla donde sentarte cómodo, un complemento vistoso a tu impecable carrera. Don Juannn, mátame, deshazme con tu ímpetu, córrete, cabálgame, desbócame ya...

Bordaré tus batas, no me olvidaré Luis-R., no, cómo iba a olvidarme. Qué alivio estar lejos de su voz asquerosa, diosanto qué horror que me deparas

ese triperío bajo sonando, sintomático: ¿verdad?,

Cuchichean cuchichean hablan bajito mal está ya que hablen bajito ocultando

el timbrazo oportuno silencio empieza la función entra mira a un lado y a otro ella le invita a tranquilizarse bajito: la mira mecánicamente arriba y abajo y pregunta por qué hoy así vestida, si no le gusta sí sí mucho por qué pregunta entonces, nunca lo suele hacer ¿celos? no sabía que lo hacía por él intranquilo como siempre no había porqué cielo no había porqué anda entra siéntate cómodo deja esa corbata y enseña tu pecho enseña el pecho a la señora de tu vida ¿un whisky?

¿Como siempre? Como siempre para el señor siente sus muslos sobre los de él siente la raja de sus nalgas acaloradas, sensuales, restregándose con entrega pide un permiso para acabar su bebida que duda si le será concedido

Cuchichean cuchichean bajito sobándose queriéndose por arriba empezando por donde empiezan los señores..."

Descifra con persistencia los papeles que indisciplinadamente ha ido amontonando. Las palabras, las frases, aquellas construcciones oscuras le devuelven un personaje distanciado de Fenollosa. Ha recorrido como años de vida diferente a la que él hubiera imaginado. Una sensación de estar lejos de lo fundamental ha ido delineando su curiosidad, exacerbando un proyecto de identificación indirecta

al que parece acercarse de forma paulatina. Presupone en la lejanía una prisión militar descabellada, un matrimonio irreal...

Cuántos años además separarían al sifilítico del pensador que a través de aquellos documentos aparecía...

Busca con ahínco, busca la noticia oculta, el sentido de aquella leve presencia en su vida, una justificación al trastorno que su muerte le ocasiona: lo que debió quedar por decir, o lo que tal vez sus actos revelaron parcialmente, un ansia de acercamiento tácito, el velado deseo de explicar. Aquella tarea asumida que descubrió desde su descenso en A. Porras y la coherencia de su indecisión entre Dorados y Los Descubridores, tal vez la disposición desconsolada de su labio inferior en el zaguán o todo el misterio adivinado tras su ternura. Una última conversación por escrito que determine la finalidad de un encuentro lejano cada vez más de lo fortuito, choque increíble de similitudes que se tornaban día a día reconocimientos íntimos, conciencia de otra conciencia, copia de original, reflejo de una luz irreconocible, modelo de horma indefinida. Recorre esos grafismos atropellados que surcan la espiral de una personalidad troceada, errática.

CAPÍTULO OCTAVO

—Pase, pase, no se quede ahí mujer...

—Ay, no, es un momento, sabe.

—...

—Ay, no, qué, ¿dijo?... No me lo cuente... Doña Amalia, sí la pobre, no hablaba sino de eso. Ay qué penita, mi hija... Y a qué hora, porque ella me dijo, pero tampoco sabía...

—Ay, para qué le voy a contar Dolita, para qué... Me cogió tan así que todavía puede usted creer que no me repongo, es como un hijo, como un ser querido. La pobre.

—¿No oyó tocar, doña Lucrecia?

—Sí. Será el panadero. Un momentito a ver...

No, sí, déjeme dos porque como usted sabe ya ni sopitas para ella.

Bueno, sí, vamos a empezar, porque no crea que no sufrió. ¿Cuándo fue? Para allá para marzo sí, venía yo de la reunión de las cofrades, este canónigo alto, rubio, sí... don Ramón, sí, don Ramón, pues nos reunió a todas las que estamos por allí, para cuaresma nos reunimos y echamos una manita en todo lo que ya por esas fechas comienza, limpiar el aura de los manípulos y las sobrepellices, retocar los bordados de las estolas y esas cosillas que siempre hay que revisar, no. Vengo y me la veo echadita en la alfombra, que otras veces no oía sino la llave

y ya la tenía encima de mí, lamiendo y lamiendo. Me extrañó aquello. Un empachito será. Pero no, al otro día igual, y al otro y al otro. Y ya, pues dije, al veterinario. Como con las personas, estamos malas: una tacita de agua y espera una, otra tacita y sigue esperando, y si pues no: al médico, no.

—No llore, mujer, no llore. No me ve a mí resignada ya, Jesús.

—Ay, doña Amalia...

—Pues, como le decía, el veterinario primero la edad, luego si conocía a los padres. Mire usted, no los voy a conocer: de la misma calle, los de los Martos, que usted se tiene que acordar del gato como negro, agrisado, peludo, que siempre estaba en la ventana con la que le quedó soltera, Inesita...

—¿La del parche en el ojo...?

—Sí, pero eso fue después. Ya era mamá muerta.

—Pues que no me preocupara, unas pastillas como blancas, rosadas, como el carmín flojito que viene ahora, pues que se las desliera en leche, bueno él dijo en agua pero yo aprovecho y tempranito en la leche... Un día, otro día y mi hija, nada. Triste, sabe y como desganada por todo, la cabecita entre las piernas y por las tardes frío, yo la notaba como erizada, que en los gatos es fácil notar-lo y más en ésta la pobre que tenía un pelo tupido, grueso...

Ay quiere usted saber, las veces que lo he contado y siempre como una congoja, una pena tan grande. Que la echa uno de menos, fue muchos años a cuenta de mimos y compañía, animal más cariñoso, todo el que pasaba tenía que ver con ella, hasta esos obreros de campo que pasan temprano, si habrán visto gatos, y siempre una caricia y ella lelita...

Sí, la enfermedad venía de atrás, pero siempre el último momento es nuevo, nadie que se quiera preparar puede, siempre la coge a uno por sorpresa. El día que murió, ay

señor, lo adiviné desde que la vi, enguruñada toda la mañana y a eso de las doce se levanta la pobre, titiritando y maúlla que maúlla, pone tiesito el cuello y escupe como una babita blanca, como una flemita que la fue atragantando atragantando y fue así así cayéndose y mirándome, cayéndose y mirándome fija fija...

Ay no mujer, no se ponga así, si le digo que yo era la que...

.....

¿Un cafecito, Dolita? Ahora mismo; no mujer, no se ponga así. ¿Ya desayunó? No.

Dolita, usted es la que un día se queda en la calle, se descuida demasiado con las comidas y ese color que tiene no me gusta, no mi hija, no, así no y menos ya a nuestra edad, que no.

—...

—No, pues las cosas no son así, si acaso doña Maika no encuentra usted el fundamento para sus horas de comida, o la atención, con su dinero va usted donde quiera, eso no.

—Pero es la Mutualidad mi hija, unos atrasos tan grandes con los papeles que le entregamos, gracias al de Suárez, el hijo, el más joven. A todo el mundo tengo que decirselo porque se ha desvelado por mí, vamos a ver. Doña Maika tiene su carácter pero me espera, yo le hago algunas cositas, barrer, trabajitos ligeros, aunque algunas noches la he visto con un genio que claro ella tiene sus problemas, pero sufre uno al saber que debe y no dispone. Yo como nunca he estado acostumbrada a eso, usted sabe que papá rico no era pero yo siempre en casa hallé tranquilidad en ese aspecto, pero ya cuando una anda sola ya no es igual, falta un respaldo, una seguridad, y esto todas las noches me lo digo, si usted supiera lo que es que le dé una fatiga y no tener ningún familiar por el que dar razón, alguien que venga a socorrer a una, menos mal las personas como usted doña Lucrecia, o la

pobre doña Amalia que siempre me está pidiendo que vaya todos los días a su casa para el almuerzo, pero no me gusta, sabe, cada casa tiene sus problemas y una no puede estar siempre estorbando, aunque algún día, claro doña Maika a veces...

—Yo sí no fuera porque como en casa mi sobrina, usted sabe que también...

—No, no mi hija si yo agradezco más un ratito de compañía... ya muchas veces ni ganas me dan, es como si se le fuera a uno encogiendo el estómago...

—No, pero eso no Dolita, cuidado y por lo menos los alimentos necesarios, porque le repito que la veo demacrada, pálida, un color...

—Sí, sí... También es que... Sólo cuando no la tiene uno es cuando valora una familia, el llevarse bien, esas comidas en domingo todos juntos como yo los veo, da como unas fuerzas para seguir. Bueno, eso imagino yo porque a veces también... Sí, todo no serán rosas, alguna espinita, sí.

—¿Unas galletas, Dolita? Sí, cómo no.

—...

—No, sin vergüenza, eso sí que no me lo haga eh, en casa es usted como familia.

—Muchas gracias.

—¿Se va?

Pisaba frágilmente sobre el chaploncito, primero un pie, luego el otro, una queja, cogía el bolso y dando un suspiro se alejaba Zapateros arriba, eran las once y media. Un cosquilleo recorría su vientre, una alteración que reconoció enseguida. Hizo un descanso en el zaguán de los

carmelitas, abandonó el bolso en el suelo y con la mano derecha hizo un esfuerzo por tranquilizarse. No obstante, la reclamaban desde su misma carne, se aligeró en años y en decisión, miró afuera en esa posición y citó con la mirada dulce y azulada al pequeño cartero que terminó reconociéndola al entrar y dejar con descuido un puñado de cartas multicolores. Le acarició la cerviz y lo hizo mirar a su sexo amoratado por el ansia.

El cartero zafó su cabeza con naturalidad. "Hoy no, doña Dolores..."

Hizo un rictus de alegría convencional y lo soltó, un espasmo de contracciones le facilitaron el alivio, la serenidad, brindó por el cobijo de fresco que encontraba en el zaguán desde el que estuvo largo rato mirando con detenimiento las idas y venidas de extraños, desconocidos, gentes de otras generaciones que escapaban ya al círculo de sus amistades ancestrales, buscaba con curiosidad un rostro, una sonrisa complaciente, algún saludo tan siquiera rutinario que le produjese al menos la sensación de estar en el mundo, de que los demás contaban con ella, una chispa de cariño, alguna pista que señalara el paso del tiempo.

A su vuelta a la acera, tras la perpendicularidad del sol, notó cierta confusión mental, una extraña destemplanza que la hacía balancearse ficticiamente, unos pasos inseguros y vacilantes la encaminaban hacia Plaza San Miguel.

CAPÍTULO Nueve

"Le gustaban los hermosos jardines y los rosales; no se perdía una rosaleda que nos saliera al paso. Nadie como los generales para amar los rosales. Es sabido."

Louis-Ferdinand Celine,
Voyage au bout de la nuit

LOS DÍAS DE LA OCTAVA

Andando el camino polvoriento, se detenía ante las Conserveras y se le veía mirar con hambrienta atención una fotografía: la mujer acariciaba la cabeza a un perro blanco y elegante (un terrier inglés, había llegado a enterarse en las tertulias de las aceras de Dorados, o tal vez de Capitán Hidalgo, los datos venían a rachas).

Por esas fechas, Florida había recibido un cupo de jubilados de los Asilos Evangelistas. Entre estos nuevos inquilinos se corrió como una inundación su enfermizo comportamiento, los aspectos dorsales de su pequeña vida. No obstante, los ancianos se turnaban en acompañarle, en los anocheceres, hasta los umbrales de los areniscos y, previo acuerdo, procuraban, primero, enterrarle las relaciones que él establecía con la mujer del perro encontrada entre los enseres del maestro; en segundo lugar, ya confabulados, borrar de su cabeza las huellas delirantes de Irene.

—¿Qué miras hijo?, observó el viejo Rómulo el de los Cerros.

Lánguido, desordenado, con un desconsuelo a flor de labios, rozaba las fronteras puntualmente y observaba con ferocidad, en silencio, detestando cualquier explicación, toda clase de consejos o recomendaciones. Sólo a la noche, de vuelta, con esfuerzo, con dificultad, articulaba algunos vocablos, agradeciendo la compañía siempre renovada de los ancianos.

Fue al regreso de una de estas noches. Doña Lorenza la sacó arruguetada del regazo y se la entregó medio desconcertada.

Con dificultad terminó leyendo:

GOBIERNO MILITAR. CITACIÓN A QUINTAS.
N. EXPEDIENTE 80DCE45321

Ernesto Eugenio Santos Santos. Pensión "La Florida".
Avda. A. Porras, 19.

Primer día. Vio la soledad que vino deslizándose hasta él, dobló la mirada y en lugar de la fila de compañeros rapados hasta la escollera que tenía delante, observó, entre una multitud de canciones cruzadas, un día intenso de San Juan, estableciendo parentescos.

Anduvo la ordenación humana y sintió un pinchazo en la columna, una vergüenza apabullante al bajar el calzoncillo ante el médico-führer. El chequeo posterior le regaló la esperanza de la posibilidad.

Segundo día. Por la noche. Sacó, antes de dormir, uno de los cuadernos de Luis-Román Fenollosa y leyó con nostalgia: "¿Por qué se arranca a un hombre de su ámbito impunemente? ¿Por qué se maneja una personalidad? ¿por qué se labra o se forja a capricho? (de esto se acordará de nuevo en la Primera Teórica) ¿Qué potencia cabe en una institución para arruinar cualquier vida? ¿Dónde hemos llegado los hombres en nuestra burocratización para morir suicidados por ella en cualquier momento?"

¿Qué mundo hemos hecho que nos autodestruye? ¿Dónde está la libertad, si existe? ¿De qué forma la hemos retorcido para volverla agresiva e hiriente; y peor aún: extraña?"

Dudo parsimoniosamente del significado de muchas de las palabras proferidas en voz beatífica y durmió con intranquilidad.

Tercer día. Ausente por visita al Hospital. El nombre de su coartada lo oyó cuando el sanitario lo dictó al caboacompañante junto a la baranda del Pegaso: descalcificación.

Primer aviso por la tarde: Rebajado de gimnasia.

Cuarto día. Primera retórica.

M.O. 4.5

Formación Moral

E.C.N.

Dirección General

La Hispanidad. Los enemigos de España. La "Leyenda Negra".

Quinto día. Vómitos. Jamás un día le pareció tan largo.

Sexto día. Llegan los alumnos de las Milicias Universitarias. Comienzan a llamarlo por "soldadito"; también a sus compañeros de reemplazo que han pasado a limpiar retretes a los milicianos, a barrer sus patios, a hacer sus comidas, a fregar sus platos, a afeitarse sus barbas...

Séptimo día. En la noche, la pestilencia y los ronquidos de algunos, se mezclan con el suave baile de los pinos venteados, una suerte de rumor vegetal que permanece.

M.O. 4.5.
FORMACIÓN MORAL

E.C.N.
DIRECCIÓN GENERAL

La Hispanidad. Los enemigos de España. La "Leyenda Negra".

Desarrollo

1. La cultura en España.
2. España irradia. Santos para la Iglesia. Emperadores para Roma. Arte para el Mundo. Idioma para un Mundo Nuevo. Leyes, paz, estilo y forma de ser.
3. Europa, el Mundo Árabe, América y Oceanía.

4. España descubre, conquista, coloniza y evangeliza. Navas españolas y hombres españoles descubrieron América: Colón y los hermanos Pinzón. Las carabelas "Santa María", "Niña" y "Pinta". España conquista Méjico, Perú, Filipinas... (Cortés, Pizarro, Legazpi...). España coloniza América, Filipinas y otras islas de Oceanía. España evangeliza las tierras que descubre (Fray Junípero Serra, Fray Bartolomé de las Casas...). Los signos de España, en su universal quehacer en el Mundo, han sido la Cruz, el libro y la espada. Con la cruz llevó la Fe. Con el libro llevó la Cultura. Con la espada llevó la Paz y el Orden.

...

6. Los enemigos de España. A lo largo de nuestra Historia, y muy particularmente en la Edad Moderna, muchos hombres y algunas naciones se han empeñado en atacar a nuestra Patria inventando calumnias y pretendiendo hundir nuestro poderío en los órdenes material y espiritual. La privilegiada situación geográfica de la Península Ibérica, el indomable espíritu de independencia del español, su acendrada Fe cristiana y su anticomunismo a ultranza, han despertado la envidia y el rencor de hombres malvados que pueden encerrarse bajo el epígrafe de "enemigos de España".

Octavo día. Por la mañana, el cernícalo en el rastrojo le sigue los pasos a algún ratoncillo y se mantiene voloteando inalterable a los rafagazos del viento gris... En una esquina, otro rebajado se cose sus pantalones extrañado en el uso que tiene que hacer de la aguja. Tumbado en la litera, fumando un cigarrillo que se ha ido consumiendo sobre su pecho, oye a lo lejos las órdenes de desfile, voces dispares que llegan a sus oídos mezcladas con canto de capirotos y aullidos de guirres lagarteros, con un vaho enervante de calor sudado y cocinero que termina por invadir el hangar reconvertido.

Desde el camastro infame, ella va apareciendo tras la somnolencia, el hedor y el malestar, ansias de lejanía, su perfil masculinizado, unos dientes blancos y dispuestos con maestría, las pecas que aclaraban su tez, los trajes largos de las medianoches remangados con aquella espontaneidad suya, sus frases incoherentes que lo cautivaban, el trajinar impetuoso de las abuelas abajo: sus habladurías, el perfume desconsolador en sus ausencias, el primer beso del zaguán, sus arrebatos en la entrega. Disponía su presencia en cuartos contiguos hasta el infinito a través de los cuales hacían efímeras apariciones Cristo, Rafi, Antonio, grupos de niños que jugueteaban con violencia, destellos de luces irreconocibles, una efigie cincelada de Luis-Román en la lejanía, y ella que iba y venía por entre todos ellos, un grito de mamá que se repetía contra las paredes blancas y movedizas, una anciana agonizando en un lecho de La Florida, dos versiones diferentes de Plaza San Miguel a la que se llegaba por caminos desconocidos, bordeados de plátanos del Líbano o laureles, profusión de geranios, oréganos y arbustos difusos, y ella por encima de todo, radiante y deseosa, correteando de un lado a otro hasta caer en sus brazos y hacerse, ella, la niña, la pequeña que pedía auxilio y compasión y él correspondía con una caricia certera, como las que le había explicado Fenollosa, de hombre de mundo, de navegante irrefrenable que poco a poco cuenta su vida, dejando siempre aquellos vericuetos, aquellas historias del Puerto de Dakar o las noches dulces

de Casablanca, el tarareo de canciones que sintonizan con los detalles de una aventura, aquella rubia aterciopelada, el vello amarillo que nunca esperó encontrar en esas partes, ninguno de sus amigos lo había hallado y aquella sirena sí, unas finas hebras de color de oro junto al infame sexo de labios gruesos adornados excepcionalmente, la intermitencia de flicker anunciante en barrios lascivos con orquestinas desafinadas intentando un vals, un bolero retorcido y oficiante, impulsar un ambiente cubaslibres, quintaesencias misteriosas, licores del Cáucaso, mansos gatos blancos bañados por la luna en la escalera que conduce al jardín y un coche que sale disparado sin ruido, mullido y blanquecino, tal vez un Buick 1920, las irresistibles mujeres alcoholizadas y desnudas junto al azul opaco de piscinas enlosetadas; y ella por encima, radiante y siempre nueva mirándolo a él, sólo a él, citándolo junto a las adelfas verdosas, el tupido follaje de las madresevas y las buganvillas, el frescor de las campanillas celestes, los naranjos distantes y su suave aroma, entrelazados hasta el lago natural tan lejano y tan allí, tan difuso y tan presente, tan irreal y tan suave, sus besos de nuevo, tan distintos a los de Teresita o doña Lorenza, tan nuevos a cada tan poco, carnosos y agasajadores, un roce que avanza a sus miembros, a sus axilas sudando fresco, a sus entremuslos acunantes.

Noveno día. Dolor de riñones y castigo de un día de calabozo por quedarse dormido en horas de orden cerrado. Toma de contacto con la disciplina. Igor Sánchez, nunca supo del origen de aquel nombre, yace en el suelo de cemento empringado, celda improvisada, entre literas anti-quisimas y desvencijadas, descansando de la última paliza del brigada guerrero, percherón. Igor tiene seis meses de castillo por pegar a un imaginaria. Espera además sentencia de otra falta de insubordinación cometida en su estancia en el calabozo. Lo ha conocido y sabe de su enfermedad: una difteria mal curada. Unos granos protuberantes encasquetan su cabeza como almete rosa y purulento. Sus

ataques de agresividad lo hicieron saltar al Reformatorio de Cales a los diez años, innumerables evasiones mezcladas con nuevas faltas y aún recuerda sus frases entrecortadas, misteriosas y febriles, dichas en un tono de súplica constante aun su insolencia: "por todo el tronco el oído pa baldarte como un perro todo; a la dama tú no eres hombre de ganarme de diez partidas una; no te me compliques la vida, ustedes me están mosquiando a mí ya, todos; Agustín se acuesta conmigo esta noche; tú qué te estás buscando, eh, no el único forzado es él", en el descanso de una tarde de domingo, unas horas antes de que la rubia embarazada viniera preguntando por el recluta Sánchez e hicieran un aparte al lado de la territa de la cochera, entre los dragos.

Primer mes. Pase de enfermería. Reconocimiento. Pase de Hospital sin duración definida.

Tercer día del segundo mes. En el silencio manso de la sala quinta se oye su nombre repiqueteado contra los techos altos.

*Sr. D. Ernesto Santos S.
Hospital Militar*

La verdad señor es que yo no sé escribir mucho pero desgraciadamente de La Florida, soy el único que me acerco. El envió de la presente me lo encomiendan la señorita Teresa y las señoras encargadas de los quehaceres, doña Obdulía, la señora Diana y Paquita, como cariñosamente todos la conocemos a pesar de su edad, como usted debe saber.

Quieren hacerle saber de la reciente y desafortunada muerte de doña Lorenza, ocurrida el martes diez del presente mes a las cuatro de la mañana, de insuficiencia de riego, según los que oyeron al médico que asimismo dicen que reza en el certificado de defunción. La Niña Teresa

me dice que para usted esto va a significarle un disgusto grande y que a ella y a las encargadas les hubiera gustado que usted hubiese estado aquí pues doña Lorenza, en el ratito que tuvo de agonía, lo nombró en tres ocasiones y todas lloraron al ver el imposible. Me cuentan que le diga también que a todas les gustaría recibir noticias suyas, de cómo le ha entrado a lo militar, de si le gustan las comidas y de que para cuándo le darán permiso, y si también le pueden mandar algún paquete.

Sin más por el momento,

Sergio Hernández G.

P.D. Recuerdos también de Nacho, don Rómulo y de un tal Antonio que días antes de la muerte de doña Lorenza estuvo por aquí preguntando por usted; amigo, según él, de un tal Colegio de San Juan.

"Lo nombró en tres ocasiones..." Miró las deshojadas margaritas del impecable jardín desde la ventana aún empañada de la tierra del siroco y descubrió de pronto la posibilidad del desbordamiento de los males cobijados en las salas putrefactas hacia aquellas flores tristes y deshilitadas que no hacían sino apesadumbrarle más el momento con su visión. Inconscientemente le vino a la memoria el día que doña Lorenza se presentó en San Juan a buscar "un chico que me eche una mano en la pensión, padre..." Cómo desde que lo vio surgió entre ellos como un acuerdo mutuo a distancia que perduró siempre en todos los aspectos de su convivencia. "¿Y tu nombre?", le había preguntado con una inocencia desconocida para él que diariamente se batía el cobre entre los condiscípulos, los tutores y los padres, para él que jamás había ocupado una habitación para él solo, ni había podido gastar un duro en lo que le apeteciera sin ser reprendido con violencia, para él que había sido más veces llamado por un número cualquiera por sus mayores que por su nombre. Se acuerda de cómo al ir metiendo sus enseres en la

caja de cartón que le facilitaron en la cocina y en presencia de ella y el tutor había sacado los colorines prohibidos y doblándolos con cuidado y presunción los había guardado con insolente atrevimiento, de cómo los primeros paseos que dio por la ciudad se circunscribieron a la Avenida de Anastasio Porras por un miedo infinito que ella, sólo ella, le ayudó a desterrar. Miedo a la gente con la que se cruzaba, miedo de perderse en una intersección de calles, a emprender el descubrimiento del final de un callejón o de una vereda de las cercanías. Zumban en sus oídos aquellas palabras mágicas que por primera vez pudo cerciorarse qué definían: bocacalle, chaflán, o asfaltado diferente a adoquinado. La alegría que le produjo siempre el ir a la tienda a por la comida con aquella nota borrosa y mojada que doña Lorenza atenta le entregaba, cuidando siempre de que las cuentas quedaran a su favor en algunas pesetillas que se dedicó a gastar en helados y en colorines de Doc Savage u Hopalong Cassidy. Las películas abaratadas en las sesiones de los jueves de Lang (la mansión descomunal con cadáver sepultado en hojas chirriantes de castaño o de álamos) de reestreno, de los hermanos Rojo y del invencible señor Cooper el cowboy hombre de negocios detective recién peinado, o tan suavemente despeinado. Del trigo tostado y azucarado de los puestos de burras de tijera y mujeres de tetas descomunales que siempre mascaban y hablaban de una tía enferma que estaba por morirse, de la envidia que le despertaron aquellos grupos de hermanos o conocidos que siempre reían, antes de ver la película, después; correteaban alegres y violentos, ignorando su presencia de manos en el tabardo y desconuelo, del invierno que descuartizaron la Plaza Dácil con las nuevas sierras metálicas que entraban y salían como cuchillos afilados por entre tomates maduros, a través de los impresionantes brazos de los eucaliptos.

Sí. Había sido ella el testigo más fiel de toda esa vuelta a la vida, de todo ese renacimiento. Esos años que habían

venido rebotados desde un jardín atardecido y que se destefnía paulatinamente a favor del gris sucio del enlosetado, ocultando sus perfiles y parterres, la simple personalidad de sus plantas; años al fin y al cabo culpables de toda esta desazón que lo acometía y lo iba dejando enfrascado en una nebulosa de recuerdos y deseos confundidos en una voluntad laxa y descompuesta por la insatisfacción. Tuvo en algún momento la sensación de que su vida estaba siendo historiada por algún extraño, por algún lápiz o pluma guiado sabiamente y de acuerdo con sus aconteceres concretos, un asalto a su imaginación que lo hacía inevitablemente sistematizar su pensamiento en la reconstrucción de los detalles, las fechas, los rostros, las conductas y las sensaciones plácidas de los instantes. En aquella larga espera de falsa convalecencia se había planteado siempre —doña Lorenza— la existencia de aquellas tres cruces, un supuesto calvario, dos de las cuales soportaban las infinitas diferencias de maldad y bondad, dos polos tan opuestos desde... como decía la historia del cristianismo que siempre estudiaron allá en San Juan en las sobremesas colectivas, tras las duermevelas y los eructos groseros, el pedorreo y las risas estridentes, las contradicciones de los internos, entre el amoroso roce de rodillas y la pelea sangrienta de cejas partidas, entre el juego cariñoso en los cuartobaños y las traiciones con los tutores, entre el tráfico amistoso de cigarros y las delaciones a los superiores cuando no se conseguían, buscando la recompensa de un buen desayuno. Todos hijos de la maldad sin culpa, todos hijos del desconocimiento sin culpa y sin remedio, todos a caballo de esa bipolaridad durante toda la vida. Vida que nacía en pisos laboratorios después de la mayoría, ejercicios de vida hasta el final porque jamás se lograba el equilibrio, la serenidad ante el enfrentamiento, y bien lo sabía con sus compañeros de curso, botados en las gasolineras cobrando un duro por limpiar parabrisas, freganchines de cafés inmundos en la Mutadelsa o donde lo de Irma, maricones de esquina o maridos corneados hasta la médula, simples accidentes de des-

tino como había oído en la conferencia que les dio el padre Izcoy en el último aniversario que el director quiso celebrar. Correteaban por su mente los augurios que tiempo atrás todos hicieron bajo los laureles en aquellos domingos a la tarde recién visto el espectáculo ciudadano: Antonio compraría un cine que daba poco trabajo, Cristo quería una mujer gorda a la que tirarse después de comer que siempre se calentaba a esa hora de forma incontenible, Rafi pequeño y callado guardaba sigiloso los proyectos y siempre se apresuraba a decir que lo único que apetecía era dinero, mucho dinero, lo que todo hacía posible desde su punto de vista. Voluntad de destino que nos asediaba a cada tiempo como olvido de aquellas horas despersonalizadas de comunidad forzosa y reglada hasta los segundos que terminábamos por aborrecer. Maldad y bondad que doña Lorenza estuvo a punto de resolver si no se hubiese cobrado el tributo de carne, la satisfacción de aquellas noches en las que después de oír la cisterna vejistoria desde su cuarto, la percibía sin el más leve ruido producido, atravesar la galería de dominó, operar en el pica-
porte con maestría detectivesca y llamar bajito: Ernesto, ¿duermes hijo?, ¿duermes? Su combinación negra y aquellos cincuenta años de canas apenas y fuerte complexión, de ojos verdosos y siempre con venitas resaltonas, una boca carnosa de labios insolentes hacia fuera: ¿No tienes frío? Anda y déjame que te caliente algo. El susto de la primera noche cuando sentiste sus manos deslizarse a tus rodillas, dándose vuelta y metiendo la cabeza por entre la paginación de mantasábanas y el besuqueo bajo que comienza sollozando y diciendo hijo, hijo, aquella palabra que para ti tanto significaba y te venía ahora desde las pantorrillas, desde ¿te gusta...? que tú no podías rechazar, porque en el fondo se culminaba algo que sólo había aparecido en sueños socarrones y despreciados por esa escrupulosidad que hasta inconscientemente llegaba y te hacía frenar tu pensamiento cochino como el confesor denominó desde el principio. La telita frágil que todos planeamos una tarde quitarnos con la guillette que ya Antonio

tenía que usar y que ella con tanta generosidad dio vuelta, con tanta magia desdobló colocándose luego. No obstante, y caía en la cuenta ahora precisamente, nada de estas relaciones le permitió el horizonte de claridad deseado desde el abandono de San Juan, la confusión de su existencia se arrolló de nuevo en originales nudos de circunstancias que invalidaban sus iniciativas, porque nada era capaz de prevenir, porque era una existencia a golpes como había sido allá adentro que no concedía reposo... Dejarse ir por entre los días inmensos de aquel hospital e incertidumbre, acostumbrándose a la muerte de las criaturas que tanto y tan poco le habían facilitado, de qué diversa índole y clase le parecía su rememoración al repasar resultados, juicios tal vez apresurados que no llegaba a precisar ni a defender.

Último día del segundo mes. Con las manos estiradas sobre la barra de la pequeña cantina, supo por el primero de oficinas —atragantado por un descomunal bocata de sardinas— que había sido dado por inútil, que su licencia era cuestión de una semana como mucho.

Una sequedad de boca lo acompañó hasta su cama donde el resto de los compañeros festejaban la noticia. No sintió la alegría que desde las primeras fechas de acuartelamiento había previsto. Por el contrario, estuvo turbado durante algunos minutos que pudo escaparse hacia la galería y dio vuelta con insistencia a la palabra que el cabo primero había dicho sin concederle importancia. Inútil era lo inservible. No podría trabajar con normalidad, no podría marchar al extranjero, no... había oído decir en el corto espacio de tiempo hospitalario. La alborozada acogida de los compañeros ocultaba a su entender una zozobra, una incertidumbre que en el fondo sería intranquilidad hacia el futuro. Fue una semana de planes y presagios de la que no pudo sustraerse su recuerdo amortiguado. Estuvo preguntándose por sus pasos después de lo de La Florida, de cuál sería su aspecto, si aún seguiría viviendo con el aborrecido agente comercial o si sería otro

hombre el que ahora se la disputaba. Con qué fortaleza de ánimo se presentaría ante ella diciéndole que era un rebotado del ejército, un inútil despreciado. Pero debía estar contento, sus compañeros en el fondo deseaban una situación parecida para librarse de un tiempo encadenado, de rutinas disciplinarias, de ausencias que enumeraban con detallismo para él inusitado: hablaban de los ojos de su mujer al lado de sus guisos, de las travesuras del pequeño o de la ropa planchada por la vieja. Había diferencias. Para él no se abría ninguna época: desde el principio estuvieron cerradas, desde el Hospicio de las Claras hasta San Juan y La Florida, desde madre Minerva hasta doña Lorenza o Fenollosa, todas habían sido sucedáneas, promesas apenas comenzadas que se habían vaciado en su presencia. Claro que también existía Teresita y las encargadas que lo apreciaban, que a su manera constituían un poco de mundo deseado.

Un gentío de cavilaciones bordoneó la semana larga hasta la mañana de viento enmarañado, temblor de cristales y tremolar de banderas: un repiqueteo incesante, en la que se despidió con agradecimiento.

CAPÍTULO Diez

REGRESARÉ SANTOS

De la mansión, las gárgolas de tea semipodridas; de la calle, el tufillo a fritangas y las esquinas entretenidas, el furgón aparcado y el desvelo de don Rómulo barbudo en su vigilancia, las camas de rojo sangriento depositadas en la carrocería de mala manera y la ligereza de los hombres que las introducían en La Florida con descuido de paredes. En el reencuentro con el viejo acompañante, un lagrimeo de hombre que lo reconforta después de atravesar el anonimato de las muchedumbres ágiles de Anastasio Porras.

—¡Hombre, tanto...!

—Dos meses, sí.

—¿Y...?

—No sirvo. No me quieren.

—Por algo, por...

—Descalcificación en las articulaciones, lo llamaron. No sé, algo de pequeño, eh.

—Pues, ahí están todas, menos...

—Ya me enteré por la carta.

—La pobre. Como un pajarito, sabes...

—¿Y estas camas...?

—*Vienen más de las Evangelistas, aquello se está haciendo pequeño.*

Del interior, el olor a humedad, el murmullo de las cocineras y la visión irreal del patio al fondo. Con un buenos días soslaya la presencia de dos hombres que conversan bajo en el recibidor de cuadritos de almanaque.

—*¡Hola, hombre, mira quién está ahí!*

—*¡Jesús, como que lo soñé anoche...!*

La señora Diana se acerca ahora con su andar de corcel, elevando las rodillas como soldado nazi desvencijado e impedido, acompañada de sus eternas boqueras y un pelo desmenuzado por las especias y el carbón de la panadería en la que trabajó hasta llegar a La Florida, llama con estruendo a Teresita.

—*Que está arriba haciendo camas, ahora mismo, oh pues no va a ser, y mi niño cómo te fue eso eh.*

—...

—*Oh, pues no va a ser. Teresitaaaa, niñaana, Ernestoooo, y...*

—*Me dijeron, a los dos meses, que me podía ir, sí, descalcificación, eh.*

—*Esa zorra voy yo y la traigo porque me está oyendo, sabes, me está oyendo, pero yo sé lo que ella no quiere, y eso no, las verdades por delante salte quien salte, eso no, eh doña Obdulía, el chico que lo sepa por ella, la zorra que ella lo buscó ella lo arregla, oh, pues no va a ser, sí mi niño tú entérate por ella.*

—*¿...?*

—*¿Un cafecito, no?*

—*¿Antonio?*

—*Sí, vino por aquí un día a buscarte y me invitó al cine. ¿Qué quieres yo no salgo nunca de las faldas de estas viejas golifionas y eso de ir al cine me atrajo, qué quieres?*

—*Y tú, le dijiste que sí.*

—Ernesto, tú eres raro y siempre estás con aquella mujer, aunque ella no esté, siempre estás con esos pensamientos raros.

La requirió, no obstante, hacia las habitaciones de arriba, para hablar a solas y ella accedió. Subieron las escaleras sin mirarse y penetraron en su vieja guarida. Él cerró el pestillo llevando la puerta hacia arriba con cuidado de que no sonara, ella como otras veces no lo tocaba sino que en el centro del pequeño cuarto lo miraba a los ojos con embarazo, él la atrajo e intentó un beso al tiempo que subía su falda corta y de tablas y veía las bragas recosidas apretadas a sus muslos gruesos y sonrosados. En un primer momento ella dejó hacer en silencio, sin colaboración, él no hablaba, temblando la asía con las dos manos y jadeaba sin sentir, falso jadeo de contagio, mentirosa excitación para provocar. Quietos ambos, se miraron a los ojos entre el efluvio señalado por la pequeña boca del cristal de la ventana.

Entre dos meses de soledad sexual y aquella pasividad, resolvió olvidar la última y pasarse a la noche por la Mutadelsa sin ponerle más importancia al asunto. En meses de relaciones, él nunca las había requerido, extrañaba la fidelidad de la Niña al Antonio de otros tiempos, pero terminó respetándosela. Las comadres no lo veían bien, una locura, sí porque él se hacía sus ilusiones seguramente y que no, así no. Él lo buscaría y le diría lo que se merece por hurgar en manjar ajeno, alterar la relación de fuerzas que siempre los vinculó: Antonio el grandullón de las patadas por el culo en los recreos y las bromas pesadas de por las noches. Sabría que de hombres todo es distinto: existen navajas, botellas o tiros para resolver estos problemas. Pero ella no cambiaría con eso, estaba enamorada... y él nunca la había querido, sólo habían jugado algunas veces, total...

Sin embargo, fue una lástima que Teresita no accediera porque ya los sueños de allá del hospital me la habían

idealizado o no sé qué, quizá sus pocos años eran un aliciente para mí que nunca probé juventud en la cama, eso además me habría proporcionado más campo en la pensión, más soltura con los huéspedes nuevos que me miraban confusos por la mañana antes de entrar al cuarto de baño y al verlos con sus barbas ensangrentadas por la violencia de sus temblores con las hojas de afeitar, embatinados y legañosos apurando una colilla amarillenta y unos vahos de vísceras descompuestas que hacían imposibles las estúpidas conversaciones que yo frenaba con mis silencios. Tuve ocasión de descubrir en esos primeros días los amóríos secretos que sostenían algunos asilados con Paquita y Hortensia, la nueva sirvienta de la casa, en las mañanas de las once metiéndose en los cuartos despistadas con su labor y atrancando las puertas ratos y ratos con ellos metidos adentro en pijama, desconfiados y aburridos de su suerte. Y supe además, por el comportamiento de las encargadas, hasta por el de doña Obdulia, que mi espacio en aquel lugar se iba reduciendo cada día más y que mis servicios eran requeridos cada vez con menos insistencia.

CAPÍTULO Once

"Daba pena verlo después de su regreso andar deambulando de acá para allá con los ciegos en las esquinas y hablando sólo con viejos conversaciones tan tontas como ellos solos saben y preguntar tantas veces por mandados por hacer que ya nosotras realizábamos. Verlo andar por las calles como cuando la recaída después de lo de Irene la vieja cabra que lo alocó con sus tretas, hija de puta tan grande y dejarlo abobaliconado y como un animal desconsolado. Y luego la niña, mira tú: la Niña, hasta ayer como la llamábamos. Sabiendo todas de las cochinas que hacían juntos antes de irse al cuartel y ahora se encapricha con el amigo, pieza nueva siempre es buena, sí señor que cada día creo más en los refranes. Tener uno un hijo para esto, para que vengan las zarrapastrosas estas a hacer de él lo que quieran. Encerrado lo tienen entre la Mutadelsa del demonio y esas dichosas tortilleras de Irma, embaucadoras de mierda que sólo cogen los hombres cuando tienen alcohol para sacarles los cuartos los muy bobos, ay señor esto no hay quien lo cambie, una todo el día aguantando secretitos de ésta con el otro, mire usted esos viejos metidos en líos todavía, por eso me gusta el bueno de don Rómulo y ese señor padre del pintor que tan bien se llevan y que tan bien saben comportarse con una que ganas dan todavía a la edad que una tiene de irse a la iglesia con cualquiera de ellos y terminar los años que le quedan apartada de toda esta basura que no lleva a ninguna parte sino a enfados y enredos todos los

días, que no siendo doña Obdulia la pobre que de nada se entera, todas las demás no son sino una jarca de putas y de malcriadas, que no han tenido nunca un techo fijo y basta que se lo des para que te empiecen a echar a perder a todos los que encuentren dentro con sus perrerías y lengüetos sucios y bajos que parece que es lo único que saben hacer, dios mío y aguantar que es lo que toda la vida le ha enseñado a una y va para sesenta y no encontrar una amistad decente en todo el tiempo ya digo quitando a don Rómulo y don Jesús que creo que se llama para donde quieras que te mires te encuentras con una pared en vez de con una amiga Jesús. Lo que es este pobre chico pues ni sé qué va a ser si no es caminar calles todo el día hacer un recado y meterse en ese zaguán a mirar para la Niña desconsolado que hasta pena da verlo y no poderle porque eso sí hija tiene un carácter otra vez que parece un gato acorralado como le decía la pobre Lorenza cuando lo veía así. Ella era la única que entendió a este chico y ya digo si lo entendía que tanto cariño y tanta preocupación por las noches llegaba una a pensar en cosas feas si no es que el pensamiento de una es limpio y confesado que si no ya no llegaba yo a confiar de nadie porque te vienen eso sí muy amables señora Diana, señora Diana que si puede usted quedarse hoy en el almuerzo por mí porque me acaba de llegar ése del norte con las cositas y voy a ver si le compro algo un momento si puede ser, sí: si puede ser arrastrado como una serpiente como si fuera sólo una vez que le hago el favor sin rechistar, pero señora Diana lo mismo está para las maduras que para las verdes y aquí me tiene esperando que a ellas se les ocurra un día decir doña Diana si quiere este viernes puede disponer, no señora Diana no tiene nada que hacer nunca, señora Diana de las puertas para afuera de esta cochina casa ay señor perdona estas cosas no puede salir a nada que a ella por sí sola le complazca más que ir al mercado temprano que de mucho madrugar tampoco son estas ramplonas y ni que se pusieran de acuerdo todas las que entran a trabajar todas con

el mismo vicio y señora Diana siempre despertando con su café y leche porque estas señoronas antes de las ocho no hay manera de verlas aparecer por la cocina donde me tiene usted plantada desde las seis con mi café calentito y mi sobretodo esperando a esas calentonas que no se sabe ni qué estarán pensando en la cama hasta esas horas.

Y el niño Ernesto, ese pobre sufriendo este infierno desde chico que vino, todas con él como leonas que en eso sí que doña Lorenza hay que reconocerlo y que en gloria esté no tuvo recato que cuando le tocó tirar y esto por dios no podría jurarlo pero uno lo veía que no era tonta y las cosas claras porque este chico está así na más que del vicio de la cama que nunca lo han dejado tranquilo y siempre le han estado matraquillando y matraquillando con su hombría y hasta la desgracia de don Luis-Román que se sale sifilítico para enseñarle al final de sus días lo que le quedaba, Jesús tantas cosas como aquí no ocurren en ningún lado señor y este pobre niño pagando todo porque una al fin y al cabo conoce y lo que ve lo sabe entender y si hay que darle un espantón a alguna se lo da y santas pascuas belén y cuidado con seguir porque poco me ha faltado en algún momento de coger el cuchillo la carne y rebanarle la lengua a cualquiera de éstas que cansada me tienen de tanta hipocresía y secreteo sobre todo la Paquita la más santa que parece pero para chismes la primera que llamen sea a ella y si viene en compañía de esa lagarta de Hortensia oiga pero si entró ayer y ya sabe más que las vigas del techo de este castillo con lo poquito que ha oído y se me enrabisca todavía cuando la mando hacer cualquier cosa de éstas le gusta entrar de director general y a mandar las horas de trabajo y a mirar a las demás eso sí y a oír la radio que cuando está con la novela usted no la moleste porque es como si se perdiera debajo el mar y una no la encontrara de lo emocionada que se pone con la voz del locutor joven ese el nuevo que la verdad que habla como un ángel y yo creo que la zarrapastrosa esta se aprende los diálogos de memoria y luego se

los suelta a los viejos con el pijama puesto por la mañana y no sé qué hacen porque a esa edad una se imagina que un hombre ya debe tener poco de hombre, digo..."

CAPÍTULO Doce

Supe, desde que le pregunté por mi padre en el zaguán, de su infinita tristeza, de la mala jugada que debía haberle gastado la vida con aquellas actitudes entre agresivas y hostiles que adquiría de forma súbita, su afán de conversación enmascarado por una prisa irreal. Le estuve preguntando por sus ocupaciones actuales y alegó excusas fútiles de salida del cuartel en no sé qué circunstancias y mediocompromisos con la pensión por averiguar. Retuvo su curiosidad hasta que un día me asaltó indagativamente: —Y de la pintura se vive, vive usted sólo de la pintura como dice su padre. Le dije que el tipo de pintura que siempre había deseado hacer no dejaba para vivir, pero que solía colaborar paralelamente con un marchante para el que hacía algunas cosas comerciales, que terminaban vendiéndose por las cosmopolitas urbanizaciones del Puerto y que eso me dejaba vivir desde hacía algunos años, pues el viejo tiene retiro y no era una carga para mí. En sucesivas y cortas conversaciones que sostuvimos medio en el zaguán medio junto al recibidor de La Florida, donde había quedado citado con mi padre, pude comprobar que mi profesión, mi amistad, había despertado en él una infinita curiosidad que más que ocultar, ostentaba ante el resto de los pensionados y personal. Una de las encargadas precisamente me propuso la posibilidad de buscarle algo en qué ocuparse, cualquier cosa de bar o algo parecido, decía cariñosa la señora Diana.

Se apartaba de nuestros temas con respeto, pero paseaba por el zaguán incansablemente hasta que acabábamos y luego, con premeditación, preguntaba cualquier detalle de actualidad sobre el que me pedía opinión: porque los viejos carcomidos, no era el caso de su padre y de don Rómulo, aclaraba, no ven nada claro y siempre dicen mentiras y quiero saber qué dice usted.

Una de las tardes que estaba a punto ya de irme, traje un dibujo a bolígrafo en el que garabateaba sobre un desnudo de mujer y le hice una crítica muy positiva al lado de unas observaciones que él recogió en silencio y agradeció. Veía en su conducta, una voluntad de agradarme, de buscar mi confianza a costa de lo que fuese, cosa que hasta cierto punto me preocupó, el encargo que semanas atrás me había hecho la señora Diana, no había podido aún resolverlo, y eso era quizá lo que él indirectamente inquiría regalándome amabilidad.

A los dos meses de que Lobo me dijera que podía pasar por allí que ya vería, por una casualidad, después de la exposición de Roque Alba en la sala de Los Descubridores, y queriendo buscar un sitio para la última copa llegamos hasta el Viena, repleto aún de estudiantes y trasnochadores profesionales. Desde que me vio y nos saludamos, quedó mirando fijamente las evoluciones de nuestro grupo, las risas descabelladas de las chicas que iban por la sala todas las tardes, el parloteo menudo y la melena anacrónica de Faustino de la Hoz, la cordialidad que recíprocamente nos dispensábamos. Se había dejado crecer algunos pelos en el mentón que terminaban por ensuciar aún más su cara medio mestiza, amarillenta y verdosa, con huellas profundas de cansancio. Yo me acerqué hasta él, manos bajo el agua y fragor de platos y vasos añil de vino o rebosada espuma de cerveza, tazas canelosas con fondillo azucarero, y le estuve preguntando que cómo le iba, si le gustaba aquello y primero dijo dos sí apresurados, casi como una respuesta animalesca a la agresión que le supuso mi pregunta, pero era claro que el

lugar, los disparatados horarios no habían sino arruinado todavía más su espíritu melancólico, su sumisa displicencia.

Lobo desde el fondo de la barra me hizo una señal para que me acercara y me estuvo contando: está loco, el jodido éste está loco. Come como un pájaro y mira como un búho, esos cabrones curas los han terminado por volver locos a todos, éste no es el primero que tengo de San Juan y todos iguales, quieres tú saber, todos iguales, el mismo comportamiento hosco, huraños y retraídos y con retraso mental, sabes. No sé qué coño le han podido hacer pero salen como de un molde todos, igual.

Entretanto hablábamos Lobo y yo al fondo de la barra, junto a la registradora de nogal, se oyó la orden aupada por encima de las conversaciones ininteligibles.

—Muchacho —gritaba el hombre alto de aspecto extranjerizante y vestiduras desarboladas, frunciendo los labios como para decir una "o" en lugar de la "u" del muchacho descalabrado— Te he dicho que me sirvas, coño, que me sirvas espantado, ¿no entiendes...?

Ernesto dejó de rebañar el vaso con el estropajo y se le quedó mirando con aire de pedir clemencia y sin soltar palabra.

—Que dejes el vaso y me sirvas, bobito de baba, eh —insistió de nuevo el hombre de pelo ceniza y de espigada estatura en desequilibrio.

Por fin Ernesto había esbozado media sonrisa y contestó tartamudeando:

—Yo no soy camarero. Soy el freganchín y no entiendo de servir.

Terciaba ya el encargado y hombre de confianza de Lobo, que se aprestó a atender al cliente con serenidad veterana. Pero el extranjero persistió, medio borracho, en que fuera el barbitas el que lo sirviera y menos burla con él, que el barbitas. Ernesto seguía aferrado al estropajo y miró desangelado al fondo de la barra, desde donde Lobo y yo observábamos escépticos el incidente acostumbrado traspasado el ecuador de las doce. Faustino de la Hoz me

hizo una seña, me acerqué, y en estilo irónico me estampó:

—Te van a destrozar a tu mártir adoptivo. El grandullón no va de broma. Ernesto le arrancó un estallido al vaso que apretaba con su mano izquierda que le dejó clavados los vidrios por unos momentos entre los dedos al mismo tiempo que el entrometido le agarraba, desde fuera de la barra, con una inclinación impensable, los cuellos de su camisa blanca y salpicada esporádicamente de recalci-trante espuma reseca, y aplastaba una de sus palmas sobre uno de sus pómulos enrojecidos ya tras la discusión. Lobo se acercaba despacio, deteniéndose, como siempre en estos casos, en dar con las palabras precisas, las chicas nos pedían a Faustino y a mí que nos fuésemos, y por fin, dando un rodeo con murmullo incomprensible, calmó primero al encargado y le dijo que fuera hasta el botiquín con el chico, dirigiéndose luego al agresor y pidiéndole con beatitud de mostrador que por favor dijera lo que quería y no formara escándalo. El muchacho tiñoso que acompañaba al extranjero, pinta de legionario convicto y onanista, tiró de su compañero aplastado contra la barra y medio dormido, y salieron con confusa trayectoria. Lobo siguió atendiendo a los estudiantes encaramados en los taburetes que rodeaban el chapolín ahora de nuevo bufando y con parpadeo arcoiris de luces de inconfundible ascendencia de films norteamericanos-época-rock. Algunos de estos muchachos menudearon algún comentario cuando Ernesto apareció con su mano izquierda teñida de mercromina e intentaba con la derecha continuar su labor en el fregadero atiborrado por la mugre. Dirigió una mirada de alimaña a todo el recorrido de la barra deteniéndose instantes con nuestra presencia y quizá contabilizando la parte de inculpación que a cada uno nos asignaba. Me acerqué hasta él y le pregunté con torpeza. Dos lágrimas se le habían quedado petrificadas en sus pestañas, como congeladas ahí. Con más torpeza aún él masculló una respuesta imperceptible tras el bullerío, y me fui con una frase sobre los gajes del oficio, de la cual luego me

arrepentí. Salimos del Viena sobre las doce y media y una sensación irresistible de víspera de festivo que nos iba a impedir irnos a la cama. Anduvimos por entre los jardines y los bancos mimetizados del parque de El Adelantado, tomamos a pesar de la humedad de la noche de las bocas hídricas de las ranas gigantes y encendimos cigarrillos repartidos de a tres. Le estuve dando vueltas en mi cabeza al incidente y a la reacción de Ernesto que me abrumaba de ganas de haber machacado al intruso, ahora, desde la calma de los flamboyanes y la hiriente presencia de los rosales immaculados recibiendo frases recargadas y pegajosas sobre la fuerza formidable de las tallas de Marini o el profundo sentido racional de los futuristas, el verismo de los trabajos de Warhol o el secreto encanto del francés de Sollers...

Bajamos así por Dorados, culebreando temas inconexos que terminaban por deprimirnos y que Alba con sus bromas trataba de neutralizar bajando y subiendo la acera en posturas bufonescas, hasta el callejón Alonso de Samarinas, y sugerí la última copa en un cafetín inmundo que estaba por cerrar con su puerta de persiana a media altura, dos de las chicas pidieron excusas por la hora y se fueron hacia la alameda de Bartolomé Cairasco con prisa, era cerca de la una y el dueño nos recibió entre malhumorado y condescendiente. Encendimos cigarrillos y pedimos coñacs todos, menos Carmencha Hidalgo que pidió un café cargado y estuvo todo el rato mirando el citizen con desconfianza de la línea de autobuses que salía de un costado de la Alameda. Busqué infructuosamente el momento de invitarla a un cisma de la reunión e irnos solos hasta casa a oír el triple concierto con Oistrakh y Rostropovich o la carpeta completa de Odfield u Oldfield mientras hiciéramos medio ebrios el amor o simplemente hablásemos de nuestras cosas. No cupo la sugerencia porque de la Hoz le estaba pidiendo que lo acompañara si no tenía nada que hacer hasta la Alameda, desde donde ambos cogían línea. No obstante, Alba me brindó el momento adecuado de quedarnos en un aparte del

pequeño mostrador, al llevarse a Faustino hasta la puerta y mostrarle con insistencia la belleza inalcanzable de la calina deambulante que engrandecía el poderío poético de las miradas. Carmencha alegó cansancio pero prefería un rato conmigo y así desembarazarse del viejo de la Hoz que la llenaría de babosos piropos e inútiles insinuaciones durante el trayecto y la virtual espera. Conspirábamos ahora con nuestras miradas en busca de qué clase de excusa aportar, aunque igual daba, iba a molestarles lo mismo el que nosotros, egoístas, terminásemos así con la reunión.

CAPÍTULO Trece

MADRUGADA CORAL

Confundido entre los rezagados de los cines de la Cuesta Salazar-Figueroa, los trasnochadores del parque El Adelantado y panaderos ojerosos camino de la Alameda, avanzaba por Dorados con su andar impreciso, tartamudeante, mirando paradójicamente con meticulosidad los escaparates apagados de su trayectoria rutinaria. Pude observar sus pasos a través de las intermitencias del fluorescente de la Bolera Manarola y me dispuse a esperarlo intentando calentar con alguna frase incoherente la tertulia que en la esquina de Samarinas estaban a punto de agotar la alcoholización de de la Hoz, los bostezos de Roque Alba, desaliñado y confuso con el sonar de sus vísceras, y el apresuramiento por estar solos que mutuamente nos habíamos ido imponiendo Carmencha y yo. Quizá el coñac ingerido, quizá un afán de autocorregir mis acciones, tal vez sólo la lástima que sentí por él, me llevaron a abordarlo bajo las miradas conciliantes de Faustino y Carmencha, la faz abotargada de Alba, y decirle cualquier tontería para desteñirle un poco la inmensa soledad que venía arrastrando esta noche, que siempre había abrazado, como el viejo oracularmente me había confesado en nuestros encuentros del recibidor de La Florida. Casi inmediatamente a indagarle sobre si el extranjero había vuelto por el Viena, él, abstraído, nervioso, preguntó a boca de jarro por la profesión de Faustino.

—Usted es artista, verdad. Como don Jesús, eh. Todos, no. Eh.

La maraña de alcohol y cansancio que nos sumía, hizo brotar bromas de distinto signo, de diversa intención que acabó por confundirlo hasta sentirse ofendido y no obstante pedir perdón y decirnos buenas noches con servilismo, cosa que Alba explotó con saña escupiendo un "buenas noches vietnamita" que jamás debió salir de sus cuerdas vocales y que al resto encolerizó, hasta producir en Carmencha el deseo de despedirnos de Roque y de Faustino e irnos acompañándolo hasta La Florida con cualquier disculpa que nos hiciese pasar por Anastasio Porras que él acogió con alegría, al vernos caminar a su lado con la ternura que tanto ella como yo estábamos necesitando derramar. Caminábamos, envidiando de aquella persona la oculta capacidad de alterar su ánimo, quizá como resultado de haber esperado durante años alguna prueba de amistad, de cariño o de atención. Supimos de algunos de sus planes para pronto, el cuartito tras las conserveras que estaba por alquilar.

—Total, hago todas las comidas en el bar, sólo me resta un cuarto para dormir mis siete horas. Antes, con doña Lorenza sí dormía en las habitaciones de arriba, las más tranquilas. Ahora, después de llegar hacía unos meses del cuartel había tenido que ocupar una habitación compartida que estaba en piso bajo y que desgraciadamente daba a la cocina, sólo tenía entrada por ahí, y a la calle, donde tenía parada la línea del mercado. Su compañero era un negro de Malí, Masilo Ombure, que vendía estatuillas de ébano que nunca supo de dónde le llegaban. Sí, uno de los encargados de las Conserveras que alguna noche se venía por el Viena, le había prometido una consulta con los guardianes que sabía de unos cuartitos que así a personas solas y para dormir, estaban alquilando los herederos de las factorías que antes de vender habían terminado por reconvertir las alhóndigas. Hablaba empeñado en hacer mentalmente un recuento apresurado de sus ideas para luego enumerarlas aún con más desesperación.

Tal vez dejaran meter un infiernillo para una taza de agua si se ofrece a medianoche, que en eso estaba. Y nosotros, que adónde íbamos a aquella hora y perdón por la confianza. Ella, genialmente, metió toda la mentira en una frase resolutiva y convincente.

Nos esperaban unos amigos tres manzanas más allá de su pensión que esa noche habían estado celebrando no sé qué aniversario, daba igual la hora de incorporarse a la fiesta, mañana era domingo y duraba toda la noche.

Caminamos unas cincuenta casas más allá del diecinueve de Anastasio Porras, lo suficiente para que teóricamente él estuviese en su cuarto, manteniendo tal vez con el negro alguna conversación absurda e inesperada para ambos. Reanduvimos todo el recorrido y por Los Álamos nos fuimos hasta Plaza San Miguel, al pequeño apartamento que tenía alquilado y que ya en alguna otra ocasión había tenido oportunidad de mostrar a Carméncha.

No fue ni Oldfield ni Beethoven los que nos dieron la bienvenida, sino una Plegaria del labrador de cualquiera de los tantos grupos chilenos que andaban desparramados por el mundo, petición que ella, en tono nostálgico me hizo y a la que no me pude sustraer no obstante haber venido almacenando mis ganas para desentrañar la lógica implacable de la que hacía gala Oistrakh interpretando a Beethoven o el polifacético Oldfield en "Speak" de Ray Morello y Nichols, que con tanta precisión se había incrustado en mi cabeza desde su descubrimiento. Se deshizo de sus pantalones, traje dos cointreau con hielo y nos recorrimos recíprocamente nuestros cuerpos entre el humo de los cigarrillos y la rememoración de algunas anécdotas agigantadas con el placer singular de goce y descanso.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

—Tantas veces le he dicho, doña Lucrecia, que si no es un asilo, una comunidad de esas que hay ahora. Ella coge el poco retiro de la Mutualidad, lo ingresa y basta, ya las hermanas se encargan de administrárselo. Pero no. Es mujer testaruda sabe. Bien es verdad también, que toda la vida ha hecho lo que ha querido. Porque una la oye hablar de su madre y da la impresión que la quiso como a Dios, bendito sea y alabado, pero la realidad fue otra muy distinta. Sí señora que sí. Mucho que sufrió doña Dolores con ella, desde que tuvo uso de razón, porque siempre se le fueron los ojos por los pantalones, desde chiquilla que yo la conocía en la Doctrina de los domingos a las doce, que nos la daban en la capillita esa que siempre está cerrada con los barrotes, no sé, deben tenerla destinada para algo, no sé, y ya entre las niñas que íbamos se hablaba, fijese usted en aquellos tiempos, de los atrevimientos de Dolita. La madre, eso sí, la tuvo siempre con unos vestiditos que todas nosotras envidiábamos, aun siendo de otra posición social, pues con el sueldo de su padre en Gráficas Camino, no podían hacer una vida, cómo le voy a decir, no muy desahogada. Pero sí, y la verdad que el cuerpo de Dolita le ayudaba. Y la cara, blanca y aquellos ojos expresivos que todavía le duran. Sí, de chica destacaba y por aquella época no pasó desapercibida.

—Un momento, doña Amalia. ¿Alguna galletita con el café, eh?

—Ay, por mí no se esté molestando...

—Serían cuentos, pero de ella, se dijo, tendría doce o trece años, que una noche le había aparecido a la madre con los vestidos ensangrentados, y que no había sido uno ni dos, porque vecinos y amigos de la misma familia estuvieron por denunciar el caso. En un zaguán de Contreras, y habían entrado con ella hasta cinco que contaron. Pero esas cosas usted sabe que lo mismo no son sino producto de la imaginación, de la misma envidia.

—Jesús, doña Amalia, que era una santa sí que sabía que no, pero a esto sí que... Eso es mejor ni repetirlo, porque los cuentos usted sabe... ¿Un poco más de café?

—En su día le faltó la orientación y así siguió luego. Pero lo que más me molesta de ella es su vanidad. Es una mujer que sabe uno que pasa falta, porque usted lo sabe y lo saben todas las tiendas de Dorados y las conocidas de Callao Contreras, y que nunca se atreve directamente a pedir un plato de comida, sino con disculpas de que cualquier pedazo de pan para los gatitos de detrás de San Miguel, que estoy por saber si siquiera existen, o un poquito de caldo que ella lo aprovecha. Pero una taza de café, té o cualquier cosa así sí que acepta, pero que ella vea que la tratan como a una igual, como a una amiga, como usted y yo ahora, ¿ve?, que no la pase usted a una cocina como hace uno con algún que otro limosnero, que yo no doy dinero a nadie para vino, que si lo conozco y veo, porque hoy no se puede meter ningún extraño en casa: ¿se enteró de lo de Rosario, no? y veo, digo, que es así habitual por allí, pues sí, lo paso y coma usted lo que quiera. Pero dinero para vicios, no. Pues tiene usted que Dolita no, ella como si una la estuviera insultando. Conocidas mías, después que ella está en casa de Maika, le han ofrecido así y contarme que se les ha ido enfurecida y hasta la fecha. Una desgraciada, y encima que la cabeza no le ha regido nunca bien, porque si no se explica,

porque unas cosas serán exageraciones, pero, doña Lucrecia, aquí para nosotros, cuando el río suena es que agua lleva, ¿o no?

—Oh, desde luego y como le decía antes, que tiene su historia es verdad, desde luego... Pero, claro, hay personas que siempre llevan su mismo adentro y si usted me cuenta encima que su madre la tuvo así, pues... Claro, y ese hermano del que ella habla, si hubiera estado cerca, pues hubiera podido...

—No, qué va. Doña Lucrecia, si me llaman a jurar digo que el hermano más que irse por su gusto se fue por la vergüenza del comportamiento de Dolita. Lo sabía todo el mundo, hija y este chico era formal, trabajador. Que fuera el hombre cualquier noche por un bar con amigos y se la encontrara, como después de morir su padre y haberse casado el hermano, y que se la encontrara con aquella cara de ángel husmeando y solitaria entre tanto hombre y sabiendo todos lo que buscaba. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, no le digo.

Y en eso era como una perrita desconsolada, algo que no podía evitar, como una enfermedad.

Y usted sabe además, cómo es la gente de esta parte vieja de la ciudad, que no hay nadie que ignore un detalle del vecino y me dirá si este chico quería salir adelante con esa rémora día y noche... Yo a veces no veo mal que si una persona elige esa clase de vida, desordenada, por su cuenta, pues que se marche, que estas islas no son el mundo, y menos esta ciudad nacida de las aguas que ya uno ni conoce, que se marche y santas pascuas. Dolita terminará mal entre estos muros delineados, perdida en esa telaraña de calles sofocantes sola y desamparada. Y sabe: ya me han dicho que tanto el gentuallo que anda por la Mutadelsa y viene por las mañanas a los bares de las ciudadelas que dan a Dorados como los impedidos que se juntan por la esquina a Anastasio Porras, han empezado

a meterse con ella y hasta ya la llaman "La Araña", desde luego, como mucha gente la conocía desde antes.

—Y que a veces es un peligro que la vean a una con ella, ¿no cree? Gente confianzuda y viciosa que como cojan a alguien más desgraciado con sus bromas y tretas, terminan crucificándolo. Quite usted para allá. Tantos casos últimamente y una indefensa.

—No crea que no lo he llegado a pensar, sabe. Y mejor será ir poquito a poco excusándose uno de atenderla, por si comprende y hasta así se da cuenta de que debe ingresar en un sitio fijo, sin los desórdenes de esa Maika que para mi gusto se muere por hacerle daño a la pobre. Hay gente para todo. Claro, y si uno tuviera con qué...

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

“¡Ustedes!: no me miren así, hijitos, que me asusto, ay. Los chicos, como decía mamá la pobre. Me miran tan distinto a otras veces. ¿Quieren broma conmigo? ¿Qué cosa canta el ciego? ¿No ve nada, y así de siempre, de nacimiento? Qué desgracia. El pequeñito es más ruin, desinquieto. ¿La araña? Me llaman la araña, quién les habrá dado el nombre si esta gente es toda tan joven. Hacía años y años que no me oía llamar así, sólo alguna vez, cuando doña Maika se ha enfadado, no ha tenido vergüenza de llamarme así. Quizá en alguna ocasión lo hizo delante de algún pensionado. Mira que hacía tiempo, que no me molestaban con eso, pero son chicos al fin y al cabo. Cómo gritan. Bajar hasta el Frigo, recoger los pedacitos de sardinas para ellos, subir a casa de la señorita Carmela y hacerle los recados hasta la una si me apuro y son pocos, si llego a San Miguel antes de las dos todavía estarán todos, estoy un ratito con ellos y todavía me queda tiempo para comer si ya terminaron los otros pensionados. Recojo la mesa y barro los patios. Sólo puedo volver luego cuando termine oración y los pensionados se hayan acostado. Visitas no puedo hacer porque estamos en Cuaresma y es viernes y las señoras se ausentan a misa o no quieren recibir, o...

Puedo subir hasta la Cuesta Salazar-Figueroa y entretenerme ya a las seis con los que van al cine y ver las parejas de jóvenes queriéndose por las escalinatas y las arcadas. Puedo bajar luego Dorados y asomarme a los escaparates de las joyerías y los comestibles y preguntar en la tienda de los Perdomo por si ya la madre está yendo por las tardes y saludarla. Desviar por Alonso de Samarinas e ir hasta los bancos de la Alameda hasta que cesen las líneas y ya será tiempo de...

cerrar los ojos y dibujar allá adentro rostros de cuando el Teatro, ojos azules de niños amigos con la merienda, mis trajes de tul rosa para el concurso y los encuentros largos y provocados en los baños con Nelia, hablándose de pelitos rubios y abundantes cada día, de sangres nuevas y novios por venir. Los primeros bailes en lo de Nati, ya muerta, el vals con su hermano Carlos y las dos muelas que me sacaron ese verano que llovió tanto. Las enaguas celestes de su madre y el pelo mojado de los desayunos de papá y unas ganas locas de irse corriendo para allá, para todas esas emociones y ratos. Que doña Maika la reciba hoy con dulces y se acaben los aspavientos, que la quieran más después de Semana Santa doña Lucrecia y doña Amalia, tan buenas señoras doña Lucrecia la pobre y doña Amalia, y que el dolor de cabeza los chicos de la esquina no son malos, se le vaya y rezar tres aves y un rosario, un rosario despacito, en la de las Carmelitas para ver el claustro fresco con las rosas blancas blancas y el romero para oler y poder salir cuando quiera y entrar cuando quiera aunque sea aguantando a doña Maika que no es tan mala, sino una niña con mucho carácter desde que la conoció por los hotelitos con uniforme, una niña sola como yo que estamos solas las dos, la cabeza, como punzaditas, el olor a pescado que ya llega, para la señorita Car-

mela y después a la Cuesta, hasta las siete en la Alameda para cerrar los ojos..."

El barrendero aletargado aún por el madrugón sacudió la cabellera de su escoba contra las canillas de los alfeñiques vendedores de diario vacantes ya a esa hora y refunfuñó sin dejarse oír un dejen ya a la vieja que salía acompañando la bocanada de tabaco fuerte. Nacho, entre las guayaberas de los loteros y las gracias recíprocas de los vendedores de rifas increíbles, persistía tras los años, con su tabarra de jubileo "...colocan cenefas, sonrén sensatas, se ajustan discretas el chal" encaramada sobre los ladridos desconfiados de los galgos en venta y el multifacético vocerío de los ofertantes nómadas.

Al sol, entre las columnas orillando los pretils, bajo los pórticos y los salidizos de Dorados-A. Porras, tras el tenue ensombrecimiento de los soportales, los porteros de los cinematógrafos de Salazar-Figueroa, los betuneros que tomaban un respiro consumiendo un cigarrillo, los serenos ya descansados, los parados consumiendo el periódico, la prisa paradójica de los jubilados con americanas envejecidas al ritmo de sus conversaciones, los rebajados luciendo ostentosamente el brazo en cabestrillo o la tarjeta del seguro donde todavía no habían apuntado al último niño-macho que tuvo ella en la Residencia nueva, los futbolistas regionales, los cobradores de letras, el camarero en su día libre, seguían ajenos al asaetamiento verbal de que estaba siendo objeto Dolores Imedio por parte de la chiquillería enflaquecida y febril que hasta hacía algunos momentos se había entretenido jugando al suértula por entre las jaulas afiligranadas con guacamayos y pericos de la costa de África, revolviendo en los puestos ilegales de estatuillas y coral sintético o yendo y viniendo en carreras apostadas hasta las ciudadelas del centro, donde los puntos o los distribuidores les podían encargar recados para los estudiantes y citas por la Factoría o en los solares por urbanizar de Viña Mar. Corrían rumores desde el detallismo hasta la imprecisión o la fábula, de bombas eme-

payiaca por el cinturón de bancos ingleses y en las presas del sur, y la policía patrullaba de brazo del ejército. Se comentaba desde el astigmatismo feroz o la invidencia, desde toses desgarradas a desesperos irreprimibles, desde traqueotomías repugnantes a lesiones de corazón; y por sobre las opiniones diversas, los ronquidos y las palpitaciones, emanaba un vaho de fracaso generalizado, un ansia de agotar horas para asomarse a la ventana y ver el color que traía el futuro de una dichosa vez.

Los perros olisqueaban en el orín ácido que rezumaban los contrafuertes y como una manada de caballos, llevaban un cruzado de lobo en primera línea, en formación disciplinada y heterogénea.

La anciana cohibida, tras habérseles quedado mirando algunos minutos, emprendía su marcha con rastros de miedo en sus ojos, cosa que había terminado por excitar a los pequeños agresores ya desperdigados, contando a Nacho o a los betuneros sedentarios la anécdota, que indirectamente ellos habían provocado o favorecido con sus consejos o recomendaciones, avivando la persecución o vertiéndoles insinuaciones sobre los sujetos.

La voz agripada cantaba "yo me vi rodeando el mundo... a la gente no comprendía, ella a mí no me entendía... y sólo puedo cantar..." en el transistor en venta sobre su misma caja de precintos pegajosos. El barrendero apagaba con ira su cigarro, aplastándolo, el espesor de su barba cobraba un color acerado bajo el sol del mediodía.

CAPÍTULO PRIMERO—Uno

24 de Junio

...después del paroxismo de los continuos éxtasis y el derribo inevitable de sus apetitos. Mira la hora y vuelve, de nuevo en la semiinconsciencia, a la rememoración inestable del hallazgo de su primer encuentro.

“El callejón Alonso de Samarinas se ensanchaba aproximadamente a la altura de la Alameda B. Cairasco, hacia Callao Contreras. A partir de ahí pasaba a conocerse como Pasaje Alvares Guido, en memoria de un pirata portugués que una leyenda, ahogada por el rigor aparente de la burocracia fascista, según había oído por boca de don Sergio Hernández, con el que en ocasiones cruzaba comentarios de lecturas, trataba con benevolencia, atribuyéndole la iniciativa de la ampliación en tiempos precoloniales; aunque de esto ya no estaba tan seguro don Sergio.

»Era su día libre y venía gastándolo en los escaparates de las tiendas enmohecidas de esa zona, en arreglarse inútilmente en la Peluquería Sixto, que Lobo le había recomendado, o en saludar, desde la puerta, sin atreverse a entrar, a freganchines compañeros, de otros bares de por allí.

»El accidental vallado de una de las ancestrales fachadas adelgazaba el paso de la acera, por lo que, adivinando

la cercanía de su uso por la persona que venía en su contra, bajó al adoquinado, cediéndolo.

»Miró a la favorecida, que apenas había intuido, y chocó inesperadamente con aquella sensación dulce, ardentemente familiar, con aquellos ojos en litigio con labios y manos por articular el agradecimiento. La posibilidad de hablarse, por una especie de urgente y mutuo acuerdo, sólo quedó en un recíproco y detenido análisis de sus facciones.

»Desde ese momento a hoy, que se encuentra oyéndola suspirar desnuda a su lado, se extiende su común historia, con unos capítulos que lo regocijan, y otros que ha hecho lo posible por olvidar.

»Volvería a verla en uno de los bancos de la Alameda, donde, semanas después, la encontró de nuevo con un aire de haber perdido todos los autobuses o de tener la certeza que nada era ya lógico esperar. El litro largo de vino que había venido tomando por los cafetines de las paradas lo resolvieron a hablarle con una decisión que se desconocía. Estaba claro que no era difícil trazar el puente. Ella lo esperaba. Sin mucho talento, se podía saber que aquellos ojos descubiertos en Samarinas querían hablarle. Que un parentesco de origen, tal vez, quizá de andadura difícil por la vida, los unía de forma insondable. O posiblemente aquella forma de esperar algo más que un autobús en una estación o en una plaza, de la que por momentos parecía jactarse.

»Balbució algunas palabras, como un autómatas, que tenían que ver con líneas de autobuses, si se les habían agotado, que cuál era la que debía esperar y si conocía los horarios.

»Ella sólo volvió a repetir la mirada de Alvares Guido y con la misma parecía decirle que no era necesario hablar, que entre ellos todo estaba ya dicho. Que todo iba a ser muy fácil. Que algo inevitablemente, fatalmente, los había conducido al encuentro, y que todo estaba dispuesto de antemano: por un designio de la naturaleza o por un

feliz azar. Estuvo, por espacio de unos instantes, a punto de exclamar Irene, ignorando de qué parte de su cuerpo nacía aquella aspiración; desconociendo las razones de ese rizo de su memoria. Ni la edad, ni el perfil amarillento y suavemente delineado, invitaban precisamente a relacionarla con la desesperadamente buscada. Sin embargo, en aquella mujer mayor, hallaba un fundido de rasgos y conductas terriblemente conocidas; o sólo deseadas en entre-sueños agotadores y delirantes que no lograba cristalizar.

“Ya desde esa noche de la Alameda había caminado junto a ella en dirección a las ciudadelas oscurecidas y desiertas, junto a sus piernas arqueadas y débiles por el cansancio de los itinerarios sin rumbo de las jornadas. Desnudándose de datos sobre su vida, sincerándose a medias o mintiéndose cariñosamente hasta unir sus cuerpos en un bestial abrazo contra los muros hostiles del laberinto suburbano ennegrecido.”

...palpaba descuidadamente el diámetro desorbitado de las aureolas de sus pechos sudorosos y notó un apremio de tumescencia en sus miembros, un latiguillo azotando la trayectoria de su columna.

“No olvidaba la dinámica que su amistad y amores habían imprimido a su existencia. Deseoso en las tardes lluviosas por salir en su busca e irse juntos hasta el cuartito a calentarse un té en el infiernillo y a quererse como ellos solos sabían, o de la llegada de su día libre para gastar la mañana hablando de su infancia por Transversal Cano o Zapateros, de sus conocidos de aquellos tiempos, de los buenos amigos y de la dulzura de la iniciación de la vida: de aquellos conciertos calurosos de Plaza Dácil a los que su padre la llevaba orgulloso con los vestiditos claros desde mayo y en los que encontraban siempre buenas maneras, una expectación de las gentes que a ella la

embriagaba. Dicho todo esto con intermitencia, con un miedo a aburrir que él tenía que espantarle a cada instante, inquiriéndole con sabiduría de macho, con infinita paciencia y regocijo de ir por delante siempre en las relaciones.

»Y apetecía asimismo verse visitando, los domingos, casas de parientes ficticios; departiendo ante los encuentros de fútbol televisado (conocía la otra experiencia: la de oír los tantos voceados desde el pequeño comedor del bar por parejas distraídas que pedían un platito de queso amarillo a las seis y se iban tres horas después sin aún agotarlo o por empleados solteros emperchados que hacían tiempo para la discoteca) de chismes de familia o de proyectos, entre rosarios de chicos felices e inteligentes y con Dolita preñada sonriéndole contenta desde un butacón cómodo. Pero, pensándolo mejor, lo que haría era destinar uno de sus días libres para irse hasta el apartamento del hijo de don Jesús en San Miguel y compartirían una mesa hablando de arte o de historia (podría venir también el viejo) con una taza de café delante. Él le presentaría tal vez a la mujer alta de la noche del incidente con el extranjero y ella hablaría bajito, en el sofá o en la cocina limpiísima y amplia, con Dolita, de sus cosas con el pintor, de trajes o de mimos de niños.”

...colocó una de sus piernas entre las de ella y quiso poner atención al imperceptible vocerío confundido.

“Sin embargo, la presencia de aquella cara lustrosa de rasguños imprecisos (—No, hijo, fue una broma, estos chicos siempre me asedian, siempre que paso por la esquina. Pero desde antes, sabes. No, hijo. Cómo vas a hacerles caso por esto. Una bobadita, ¿eh? No hombre no hables de esas cosas...) y aún frescos, las huellas imborrables de algún desasosiego que debía quedarle de los trazos irre-

gulares de su existencia, lo llevaron a ruborizarse, a pesar del tiempo, imaginando el efecto que entre las encargadas y los pensionados hubiese causado una posible presentación y anuncio de su compromiso. Pensando en las caras que hubieran puesto los padres de San Juan si la hubiese pasado por la mansión nueva que desde hacía años, después del cierre de aquello, tenían en las afueras, por el extremo de Zona Jardín entre pinos agigantados.

»Se preguntaba, desanimado ahora, por los destinos perdidos de Cristo y de Rafi, y de los "puretos" de los cursos avanzados, por Igor Sánchez y el alcance de las raras enseñanzas de las teóricas militares, por la estancia vacua en el Hospital, por Antonio y la Niña a los que seguiría queriendo a pesar de todo, por las historias de Fenollosa en las caminatas, por la mujer que aparecía en los textos del maestro, que había terminado por confundir con la Irene volátil. Y de cómo la señora Diana que había denigrado siempre sus relaciones con aquella irreal y primera concubina (cómo endemoniadamente se la devolvía la canción en inglés de la máquina pincha-discos), podría llegar a entender su boda con una mujer que triplicaba sus años y de la que la gente se reía agrediéndola sin piedad."

...perteneciente, sin duda, a alguna pandilla de la pequeña civilización de errabundos que repartían su tiempo entre las playas y los médanos cercanos, los bares repletos y mugrientos de la Mutadelsa o los ghettos afrodisíacos de las ciudadelas: chulos, "puntos" y clientes, activistas rebotados y desengañados, o tal vez maricas encelados huyendo de las represalias, las detenciones masivas o las denuncias.

"No se zafaban de su mente (cuchicheos de perdices en jaulas hediondas, gruñidos de cerdos por matar, zureo de

palomas en muda, temibles ladridos-lamentos de perros en la oscuridad) las bromas encarnizadas que se les conocían y que los viejos desgranaban en tertulias domingueras al sol, en los estancos o tras los sótanos de su ceguera incurable. Y se relataban las ofensas que habían podido inferir desde la esquina Dorados-A. Porras, en las infinitas veredas que conducían a la zona de las Conserveras lindantes con los prostíbulos de las afueras de la Mutadelsa, o hasta en calles del centro, impersonales y traicioneras.

»Nada de aquello podía tener que ver con los preparativos meticulosos en mutuo secreto llevados a cabo antes de la boda. Ni con los proyectos que hoy, antes de penetrarla, habían acordado. Todo era lejano a la amabilidad de uno de los herederos de la Factoría, cuando lo visitó en las oficinas calcinadas por el abandono del fracaso, y solicitó la posibilidad de poder compartir el cuarto con la que iba a ser su esposa, llegándole a explicar con detenimiento que las cláusulas del contrato no especificaban número de usufructuarios del espacio, y lo que más podía decirle era felicidades en la entrada de la nueva vida y adiós muchacho, con palmada en la espalda. Ni con la satisfacción que le produjo cargar la mecedora, que él arreglaría con herramientas que traería del bar y pintaría del verde de las ventanas de las casas antiguas de Callao Contreras, desde el anticuario de Samarinas hasta allí, sabiendo que ella se sentaría cómoda a esperarlo mirándolo por la ventanita en la que también habría que hacer algo para evitar el estrépito que, en la noche, ocasionaba el viento constante de los descampados.

»Ajeno, evidentemente, a la alegría aparente que ella traslucía después de haber estado aquella tarde visitando a sus amigas para comunicarle la decisión que habíamos tomado; a las rosas, algo marchitas pero manteniendo aún el color, que según ella, le habían ofrecido cariñosamente; o a la enumeración, que medio turbada, me había hecho, de los consejos contradictorios que aceptó de las hermanitas del Hospital de la Prosperidad.”

...extraño al calor de las sábanas limpias que los excitaba; a aquella sensación antagónica de seguridad y terror, cuyos contornos se veía en el apremio de interpretar.

SEGUNDA PARTE

(25 de Junio-24 de Diciembre de 197...)

CAPÍTULO A

EXPEDIENTE 10147.

CASO: Ernesto Eugenio Santos y Santos.

4. Declaraciones de los testigos ante el señor juez don

...

Julio González Pino, 47 años. Soltero y de profesión jornalero, de alta en la empresa "Conservas Sanz-Aranda" sita en esta misma plaza, en la que desempeña el puesto de vigilante nocturno, domiciliado en el lugar conocido por la "Factoría", distrito noveno, sección 5.a, DECLARA:

"Hoy, día 25 de junio, hallándome dormido en la habitación que ocupo en el sitio especificado ya en esta d., y serían las cinco de la madrugada (cosa que el declarante no puede asegurar con certeza), oí tal profusión de ruidos en la habitación que lindando a través del patio, ocupaba el también inquilinado, Ernesto E. Santos y Santos, como también consta en la cabecera de este expediente, que me decidí a acudir, viendo en el momento que lo hacía cómo un grupo de desconocidos (el declarante quiere hacer la advertencia de que prestó inconscientemente más atención a lo que podía haber sucedido en el cuarto de su vecino que en identificar en la oscuridad a los en fuga) se alejaba del lugar en carrera loquinaria y hacia sitios diferentes. Temiendo que la forma de tal huida tuviera que ver con robo de enseres u otro tipo de daños en la persona de su

colindante, es por lo que decide hacer entrada en la habitación y una vez allí puede apreciar cómo en el suelo de la misma y a la entrada hay un hombre tendido boca abajo, sin sus ropas y con una navaja, de las que se conocen en el mercado como "sevillanas", hundida entre sus muslos pero con huellas evidentes por la sangre y las rasgaduras de haber sido clavada antes por otras partes de su anatomía. Hallando cierta similitud entre aquel cuerpo y el de su vecino por la estatura y el pelo negro brillante (el declarante desea que se anote que quizá por un lapsus de nerviosismo, ha omitido a lo largo de la d. dejar claro que el citado Ernesto, además de vecino era conocido suyo a través de la empresa Bar Viena, ubicada frente al Parque de El Adelantado, de donde el declarante es cliente asiduo, y que esta circunstancia había dado lugar indirectamente a que aquél hubiera tomado en alquiler la habitación de referencia) es por lo que resuelve darle vuelta, comprobando que efectivamente se trata del señor Ernesto Eugenio Santos y Santos.

En esos mismos momentos y percibiendo como gimo-teos o hipidos que venían del fondo de la habitación puede descubrir que detrás de la cama, con el somier sacado de sus asientos y con gran desorden de mantas y sábanas, y cerca de la ventana se encuentra una mujer con muestras evidentes de haber sido objeto de malos tratos y abusos de otra índole en la que reconoce a la esposa de su vecino.

...

Y firma la presente a las doce horas del día veinticinco de junio de mil novecientos setenta y...

Julio González Pino
D.N.I. 42.321.499

CAPÍTULO B

Desde los corrillos de estraperlistas y embaucadores reunidos en torno a las chalanas varadas en los bancos de arena de las playas de más allá de las Conserveras y la Estación semidesaparecida, a la punta opuesta de la ciudad, se estuvo hablando, a lo largo de los meses del vil asesinato, o del tonto descuido: según el color de las vísceras de los glosadores. Entre el humo de las cachimbas de haschisch y el espeluznante sonido de los dieciséis séxtuplos amplificadores de potencia podían oírse los detalles más insignificantes sobre el suceso, destefidos por las exageraciones y las coartadas de los implicados.

la cuchillada le tuvo que llegar a la molleja a mí no me jodas y más si fue con una sevilla que son del largo de una aguja de estambre un tipo que hace eso tiene que estar esperando que alguien hable en su contra para hacerle lo mismo a mí no me jodas cómo se les pudo ocurrir meterse en el poblado de Irma una noche como ésa y a esas horas terminaron arrastrando por todo el pringue de los andurriales alguien que buscaba un estómago que pinchar ésa noche y se les juntó sin ellos a lo mejor darse cuenta y lo mismo se lo hace a cualquiera de los que se metieron en la habitación a bromear y a joder al pibe ese del San Juan un tipo así no mira pa dónde empuja y a

sentir el chorro de sangre caliente y si se lo hizo en el culo por algo sería el disparate de la cabeza que lo trastornó por ahí cuatro pipas de ácido y media botella de ginebra y matas a tu padre si lo agarras chillándote no es verdad los otros también habían chupado vino en los ventorrillos de Viña Nava pero no será igual hay gente con el bocho podrido con la que te cruzas todos los días en la calle sin darse cuenta y el pibito era casado dicen con una pureta de más de ochenta años otro loco igual a mí no me jodas otro loco y él cuántos dices que tenía loco uno loco otro ya no falta trancar sino al vivo y hacerle lo mismo pa librarnos de tanto tarumba amigo del Nacho dicen que era pa joderlo más todavía no él vivió en la casa de huéspedes que ahora han reformado de la calle de abajo hay gente de la esquina que lo conoce que hasta ayer estuvo pasando por allí y a la vieja vieja también las patas arqueadas como una araña pero no me acuerdo yo de esa gente ya es que como somos tantos en la calle todo el día uno ni atiende ni conoce y menos emporrado quién yo pero primero dicen que lo sabrosearon tres o cuatro unodetrásdeotro y después fue la sorpresa esa conque tampoco el resto de la gente que se raje que ahí hay culpa pa repartir porque a la viejita también se la trajinaron y no sé si también bueno con lo largo que lo debe tener ni huellas por pares pa que no se dé cuenta lo menos eh una cabronada del criminal ese porque si no la cosa tiene su gracia el nietito y la abuela lo más parecido el nota tenía que ser un fuerte gediondo con la vieja esa dentro de la cama qué se van a querer el tipo tenía que ser un perverso a mí no me jodas y encima casados hay curas pa todo como sea co-

brar por ahí tiene que haber gente escondida porque si el chivato ese de las Conserveras dijo que eran lo menos veinte en chirona hay diez lo más si el periódico dice lo que es que es más difícil que montarse un lagarto tú verás que va a haber gente que no aparece en años por aquí por el Manarola ni por la esquina ni por las ciudadelas ni el barrio que deben estar como ratas arrepentidas desucasasucasa y desucasasucasa aminometran-can y no loveo mal porque la poli no distingue ni quién la metió ni quién la sacó ni quién se estuvo quieto en un rincón sino juntosrevueltos pal mismo goro chille quien chille y ya se verá y como tengas las manos cagadas de antes pues más rápidocorriendo porque allí está la ficha la dirección y el número de pelos que tienes dentro de las orejas y si las máquinas de archivar son ma modernas pues te cuentan hasta el número de veces que te has tirado a la piba eso es un disparate deje que caigas una vez ya estás todas desde el principio hayas comido del pastel o no que ya el tiempo y el cuerocuero dirá un disparate muchacho me pongo erizado porque cualquiera de estos que quiera joderte se le da por decir que le parece que tú también andabas en la fiesta o que te vio esa noche por el BolaBola o La Coja o na más que diga que a lo mejor no eras tú que se le pareció ya te llaman venga pa cá nombre y apellidos na más entrando por la puerta venga el carné no sabemos cuándo se lo devolveremos y no molesteporfavor no esté saliendo por la noche y no lo necesitarás y eso por no haber hecho nada porque si te agarran en algo así de entrada y limpito que ellos lo vean o con un testigo que acuse sin miedo entonces olvídate mano seacabó el carbón hasta que cumplas lo que te echen olvídate de tu nombre y de la madre que te parió telamarinera pero hay veces que sí

porque si no esto sería pura carnicería hay mucho lanzado por ahí a joder nada más caiga quien caiga como al pobre pibito ese qué daño hace un bicho de esos de su casa al trabajo y de ahí pal cuartito otravez a tirarse a la viejita y chao pa otravez madrugar y vuelve que te vuelve que a veces está uno en la esquina y vergüenza que te vea toda esa gente no te lo crees allí botado con el pallmall o asomado más arriba en la chacinería de Migue a las ocho y a la una a las once y a las cuatro de la tarde o de la madrugada un suponer no es eso pero si no dónde vas Alfonso doce que Mercedes no aparece por ninguna parte pa administrativos allí voy a las siete si la cosa empieza a las nueve a las siete hay doscientos tipos por fuera haciéndose ver unos a otros que ninguno viene a lo que es hasta que a las nueve abren la puerta y los ves a todos como gallos ensartados tirando los cigarritos y a meterse los primeros y ahí ya no distingues corbatas ni americanas de americanos y chambritas de a tres un duro con escudo del Real-madrid o de lechenpolvo Comunsa que si se pudieran apuñalar unos a otros pa conseguir el puestito lo hacían no veas no está la cosa jodida aunque pa tener un jefe cabrón jodiéndote la pavana preferible botado como dice el viejo cuando viene cabreado sin creer que lo estoy oyendo porque si no después no puede largarme el sermón de que está hasta los huevos de que le digan que me vieron por putas y de que de dónde coño saco el dinero y es que los viejos también se cansan de ver a uno por ahí sin ilusión por nada todos los días igual todos los días igual.

CAPÍTULO C

¿Compadezco? O reconocer tal vez la bipolaridad necesaria que sugiere cualquier postura ante un hecho. "Ya no había nada que hacer porque lo ahogó la pena, eso que nunca pudo reconocer. La Niña nos lo contó en su ausencia: describía con regocijo incitante el vientre sonrosado de su madre, porque era su madre esa Irene que él buscó enloquecido..." Esas palabras de la señora Diana acogidas en mi memoria, dichas una tarde en que ya daba lo mismo saberlo o no. Contubernio de café y calcetín, franelas y toses avejentadas y endémicas, dispares, bufadas desde habitaciones humedecidas en la penumbra, tal vez un noviembre que se arrastraba en un serpenteo de ciclo despreciado. Esos datos que la distancia iba enaltecendo entre la comunidad abuela sometida a la incredulidad de la muerte imprevista, única afinidad, tan al mismo tiempo detestable y consoladora.

¿Compasión lo que despertaba en mí cierta mueca de mi padre cuando "Ernesto" más que un apelativo era ya una alusión, el comentario longevo y desflecado, cierta desidia por fechas y lugares? La supuesta culpabilidad de un tal Antonio Santacruz, un amigo de internado, en su horrorosa muerte; quizá sólo el comienzo mínimo de una época de agresiones primarias que se suceden y de las que

nadie se atreve a dar razón, todo el desánimo que cunde en esta pensión anacrónica evocadora de tantos pasados, de tantas horas carcomidas por un sentido olvidado de la esperanza, por una creencia inexacta de los contornos de ese vocablo, del reino falaz que pretende delimitar y del que todos, en silencio, vienen de regreso.

¿Compasión, o la búsqueda incierta de un equilibrio personal que se nutra de la banalidad de un suceso fácilmente dado al olvido? ¿Cierta gusto por recomponer las partes veladas o sumergidas con intención? ¿Simple tributo de soledad compartida? Esta tarde de las semanas que junto a mi padre dedicábamos a adivinar nuestro débil pasado común, el atrofio de situaciones vividas sin el conocimiento de la ilusión que llegarían a despertar con su recuerdo, o su simple alusión, tantas batallas perdidas por el viejo buscándome la ocupación remunerada, esa seguridad que él alcanzó por los pelos y de la que nunca se pudo desquitar. La fragilidad de los proyectos que ambos acariciábamos, la deteriorada costumbre de ir a parar a otras vidas, otras andaduras que venían a significar el depósito de unos ojos en el espejo de las incredulidades y los desafíos rutinarios de entre los cuales Ernesto era conversación dorsal. Ese muchachito que miraba a todas partes avizorando esa carta siempre por llegar que va a decidir el sentido de nuestra existencia, ese hábito de misterio que todos nos empeñamos en anidar y que la edad se va encargando de debilitar. Lo que para él pudo significar esa mujer que todos al fin desconocen por igual, lo que quizá pudo dejarle intuir la cercanía de Fenollosa o esa Niña que insulta la señora Diana a cada instante. Lo mismo da cuando es algo que uno reconoce, algo que uno sustrae de la evanescencia de lo accidental y se encarga de darle relieve, equipararlo a la idea incubada, al deseo aplazado de ser mordido por la sor-

presa de la novedad, un rostro que aun en la ausencia mira nuestro rostro, la sinceridad de una mirada que nos busca tras el gentío o que simplemente acuerda divertirse a costa del encuentro fortuito que nunca lo es porque hay como una intuición de que será o de que estuvo por ser, el calor que puede despertar nuestra llegada, o el sabor imbécil de un guiso casero pensado para nuestro paladar, el acuerdo tácito, la complicidad, el besuqueo maternal o un trozo de alegría dispuesto a entrar en el congelador de nuestra conciencia, las razones innecesarias o la pelea sincera con un ser que nos quiera, todo lo que quizá él anduvo requiriendo de los tutores del internado, de los compañeros de ese cautiverio, de todos aquellos seres que encontró a su salida y de la que una sola mujer pudo darle la voluntad de proseguir esa búsqueda remota que él decidió hallar en una mirada, quizá en la desprotegida presencia de esa anciana que decidió convertir en su esposa con el estúpido escándalo de sus allegados. Lo que mi padre me acercaba en conversaciones interrumpidas por los saludos torpes y demorados del resto de los ancianos, enviados desde la puerta del recibidor. Lo que todos allí dentro perseveraban en dilucidar, orillando datos de probable inexactitud: "...esa carta que sustrajimos de los documentos del señor Fenollosa —repetía la señora Diana—, donde daba cuenta detallada de su misión prometida a esa Irene una noche farragosa de puerros tan difíciles de pronunciar,

»...junto al lecho infeccioso, el ajetreo de batas y asepsias supuestas, cierto desprecio por toda aquella rutina mortal, despegada ya de la criatura definitivamente envilecida desde el útero, miembros llagados con volcanes de pus heredada y un corazón que se negó a ver la vida siquiera por un instante, maldito o convicto qué más daba, ese hijo que él (*Luis-Román Fenollosa*, en fichas

multicolores de pensiones inmundas durante tantos años después del matrimonio estrangulado) se dispuso a aceptar como suyo luego de tres años de incompreensiones o halagos, y que Irene no sólo no había llegado a entregar sino que, en el intento, iba a irse para siempre de su lado, un caso entre cien, enfermedad absolutamente erradicada, sólo en mujeres así, y él esforzándose por hacerles comprender a todos que era ésta su única oportunidad de eternizar una felicidad descubierta ya viejo, de rescatar pureza de donde sólo hubo mugre, de limpiarse ambos con un ser neutral que les devolviera la convicción de que vivir no es un destierro, ni una batalla nocturna interminable, que para ellos, practicantes agotados de la religión de la soledad, lo que debió nacer había empezado a esperanzarles una aurora de preguntas nuevas, de incertidumbres con sabor lejano a mimo y alegría: la certeza de una encantadora emboscada de la que tan sólo él, otra vez el Fenollosa deambulante y apático, saldría con el propósito oscuro de encontrar, proteger y querer aquel nombre Ernesto que ella siempre le distrajo o decididamente le ocultó, la obligación contraída de disimular una paternidad encomendada entre guiños y grititos rotos, una mirada verde y un escalofrío de desesperanza, un tal piso cuarto, una habitación doble sin compartir, unas tiras de cielo, algunos papeles por llenar..."

sosteniendo esa relación difusa que ninguna de nosotras comprendimos y que al parecer tampoco ellos se esforzaron en explicarse. De la infección que se encargó de rebanarle la elegancia de sus aún pocos años, el vértigo de su existencia, su abandonada presteza hacia el futuro. De un pacto póstumo que él contrajo, o tan sólo de su deseo de contraerlo.

Esa conducta irreprochable con el chico que a todas nos hizo mezclar la extrañeza con el beneplácito, que el muchacho identificó con la ternura y que

él, de seguro, se impuso como un deber prometido.”

Todas acrobáticas carreras hacia una verdad cada vez más velada entre los cafés repetidos y conversados, viendo al viejo morirse todos los días un poco, nostálgico de compañías que yo no llegaba a sustituir, marcharme después de notar en el recibidor una bocanada de aire caliente significando la noche, quizá solamente la reciente caída de la tarde, o escuetamente la necesidad de dejar aquel escenario por unas horas.

Y ya acostado, después de ensamblar los bastidores para la semana entrante y haberle dicho adiós desde la puerta oyendo bocinas y frenazos por los patios interiores de la manzana de los coches que hacían San Miguel-Alvares Guido o viceversa; después de acabar la botella del oporto genuino que te ofrecieron y que a ti te gustó comprar en Faro, en la botellería surtida además de vinos del Rhin Duhr's Maiwein o de los Saint-Louis de Barton y Guestier de la zona de Beaujolais, situada junto a los bares de paragüitas listados, cansado de tanta Andalucía, detestando desde ese pedacito alegre de Portugal el regreso que por la misma ruta debían hacer hasta Málaga; y de haber reído en el balcón viendo las incursiones espasmódicas de los vencejos y las golondrinas sobre la pachorra nocturna de la plaza, con los nuevos dibujos a carboncillo que ella se estaba atreviendo a hacer. A pesar del cansancio de aquel día imbécil de trámites en la capital, no pudiste dejar de darle vueltas a la sensación que debió originarse en la noche del Viena y que ahora veías como la única posibilidad que te regaló la vida de haber salido en su defensa, de haberle demostrado con decisión que estabas a su lado, que podía confiar en ti porque la amistad de los hombres era algo más que una frase y debía existir entre ustedes; y sabías que él eso lo necesitaba y te observabas aún

en el extremo de la barra, perplejo (o quizá surgió en aquella primera oportunidad de La Florida), engañándote con el vacío de la conversación, junto a la registradora Mansfield de nogal, y él, cercado por el provocador, paseando sus ojos por la fila de la barra que escupía neuróticamente pipas de aceitunas moradas o cáscaras de manises, buscando una mirada cómplice, una brizna de comunicación que tú le negaste, que todos le negaron porque preferían las coñas o las ironías, las suspicacias o los juegos de palabras, a Marini o a Warhol, a Miró o a Picasso, a Julio González o los tacos de CelaCamilo, a Webern o a Satié, a Floyd o a Oldfield, a Louis Simon o a Gaudí, el Mankiewicz de Suddenly last summer que al de Eva al desnudo, al arte himnacionalesco o al que terminaría surtiéndose del incesto, a Céline o a Lawrence el coronel escritor y no el del cuarteto, a Víctor Jara o a Violeta Parra, a Zitarrosa o a Rubén Lena, al Gramsci teórico que al Gramsci práctico, al Joyce traducido por Salas antes que por Salinas, a Marshall McLuhan o a Edgar Morin a Wittgenstein o a Rudolf Carnap, a Santayana o a Lúkacs, a Le Parc o a Vasarely, al Tao o Shamanismo, al drop-up o al standing, a Deleuze o a Foucault, a Max Bill o el Juanita Jiménez, a Carlos Fuentes o a Jorge Negrete, a Guimarães Rosa o a Sergio Mendes y Brasil 66, a Roque Dalton o al Che, a Juanita Reina o a Torrente Ballester en la Cademia, a Monleón o a Aguilera Cerni, a Batik o a Gazeta, al vinovino o al John Haig, a... o a..., a... y a...

Apagaste la luz y seguías viendo su cara medio mestiza, los pelos del mentón: un cuerpo en el suelo pegajoso y negruzco olisqueado nerviosamente por termitas y cucarachas, por el repugnante hocico de los erizos de tierra, con unos ojos definitivamente quietos y desdichados; el cuadro cuadro que

ya no necesitabas hacer porque te venía así una y otra noche, con aquellos repugnantes protagonistas martirizándole más allá de la muerte, en aquella habitación sin límites ni contornos.

CAPÍTULO D

—¿Se va a oscurecer hoy también, doña Maika...?

—Me pones el castaño de Henry, pero me lo detienes, porque esta vez no llegó a quince días. Tú quieres creer que como estoy a punto de ponerme, la cabeza como si se me quisiera reventar, y este rímel corrido. ¡Como llore...!

—¿Qué usas, Negrina, no? Por eso. Usa Pinaud... Las puntas sólo, Milagros...

—...y mire que se lo decía: dónde va usted, con su edad a casarse mujer, ni que la vean por la calle con ese retrasado. Pero ya ni conocimiento tenía cuando eso: le encargaba cualquier cosita de la casa: "barra el zaguán, Dolita", y qué va, ahí me tenía usted detrás a volverlo a hacer.

—Para el pequeño. Marrón veteadado con capuchita, con punto arroz. A la mayorcita una rebecca, pero con punto inglés, más suelta, sabes. Del mismo Neue Mode, trae patrones. Sí, el Burda también y es una comodidad. Te ahorras... Sí, los rulos como siempre, gruesos arriba, más finitos abajo...

—Eh, doña Maika...

—...¡Mujer: yo que la recogí de la calle porque ni adonde ir tenía, y qué, ¿con el dinero de la Mutualidad?

Mentiras niña, ¿cuándo ha trabajado ella? Porque eso sí: su orgullito sí tiene; desgraciada pero con el moñito bien puesto. Lo que vio en la casa. No, pues claro, en el Hospital, yo ya, en ese estado, no puedo atenderla, ¡ay no!, a esa edad ya necesita alguien al pie. Y después de aquello, me han dicho las hermanas, por cierto que tengo que ir a verle, todos los días voy, todos los días voy... No, cerca de seis meses, para el veinticuatro sí... pues sí, me lo han querido decir las hermanas... porque parece... por teléfono he estado enterada... que cuestión de días..., sí.

—Perdón, doña Maika: si se va a dar tinte o sólo marcado...

—Yo prefiero trabajar a ganchillo, avanzo más y como se está llevando, ¿no viste el Hola otoño-invierno...? No, quítame el brillo. Un rosa-carne, me haces luna, sí...

—¡Ay, no, Jesús! Mira:... qué los van a buscar niña: mundo de golfiantes: entran a la cárcel hoy salen mañana: unos se encubren a otros bobita y vaya usted a saber quién fue: pero claro estos chicos se juntan con todo: quien no tuvo ni un padre ni una madre: una cuna: ya se verá pero no creo que den con ellos. ¡Jesús, mi niña, que te he hecho esperar! Mira sí: un marcadito, con melena...

CAPÍTULO E

"...me hubieran bastado aquellos movimientos sobre la madera llena de tajos rellenos con grasa y mugre para saber que no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para curarse."

Juan Carlos Onetti,
Los adioses

La priora, al cruzar por el atrio hacia el despacho, vio a las fámulas saliendo de la habitación con las palanganas y las mudas.

Cuando volvió a la capilla tuvo que decirle que por lo menos respetara el lugar: que se había llamado de nuevo a la pensión donde ella residió antes del ingreso para que dieran razón de algún familiar, pero no habían conseguido hablar con la dueña.

El conductor del coche fúnebre, algo alterado, volvió a insistirle que con estos ancianos siempre ocurría lo mismo: si queda algún pariente lejano escamotea el bulto por si acaso hagan pagar, o para evitarse las molestias de velar a alguien que a lo mejor hace veinte años que no ven, o que saludaron una vez en la vida. Y ni quinientas pesetas mandan para una esquela, por si alguien querido la lee y quiere venir a acompañar a la pobre vieja.

Las hermanas que pudieron, habían asistido a la misa en privado que en la misma capilla se le hizo.

La priora llamó al jardinero pero ya no estaba. Caprichosamente también era el día libre de Cárdenas, el enfer-

mero. Pensó entonces que de nuevo tendría el conductor del coche fúnebre que irse solo a expensas de encontrar en el cementerio algunos hombres que quisieran ayudarlo hasta el nicho con la caja. Dos de ellas lo harían desde la capilla, a través del pequeño callejón empedrado hasta el Opel Kapitan E.

A través del parabrisas se le veía hablando solo y mortificado. Evitó Callao Contreras. Evitó Dorados y las manzanas del Centro, huyendo del ajetreo navideño. Y corrió desapercibido por la península de calles residenciales de Zona Jardín camino de S. L.

Juan-Manuel García Ramos (La Laguna, Tenerife, 1949). Escritor, Doctor en Filología Románica y Profesor de la Universidad de La Laguna. Ha sido Vicerrector de Extensión Universitaria de la Universidad de La Laguna, Consejero de Educación, Cultura y Deportes, Presidente de SOCAEM (Sociedad Canaria de las Artes Escénicas y de la Música) y Presidente de la Comisión Canaria del V Centenario.

Ha publicado las novelas *Bumerán* (Tenerife y Madrid, 1974, Premio de Edición "Benito Pérez Armas" de la Caja General de Ahorros de Canarias), *Malaquita* (Tenerife, 1978, Premio "Benito Pérez Armas" de la misma institución) y *El inglés* (Barcelona, Plaza y Janés, 1991). Como periodista obtuvo el Premio "Leoncio Rodríguez" 1982, convocado por el periódico "El Día" de Santa Cruz de Tenerife, y ha sido colaborador de medios regionales, nacionales e internacionales. Como crítico y ensayista ha sido Premio "Camp de l'arpa de ensayo" (Barcelona, 1976) y ha publicado los siguientes libros: *La subjetividad* (Tenerife, 1979), *La narrativa de Manuel Puig* (Universidad de La Laguna, 1981), edición crítica de *El astillero* (Madrid, 1984), *Imaginario de Gabriel García Márquez* (Tenerife, 1984), *La nueva narrativa canaria* (Las Palmas, 1987), *Guía de lectura de Cien años de soledad* (Madrid, Alhambra, 1989) y *La cultura de la democracia* (Canarias, 1989). Ha sido colaborador en diversos proyectos colectivos: *Historia de Canarias* (siglos XIX-XX) (Madrid,

1981), *Historia de la literatura de América Latina* (Barcelona-Colombia, 1985) y *Canarias y América* (Gran Enciclopedia de España y América, Espasa Calpe-Argantonio, 1988).

José Luis L. Aranguren nació en Ávila en 1909. Estudió Derecho y Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, de la que fue, hasta su jubilación, Catedrático de Ética y Sociología. Ha ejercido también como profesor visitante de las Universidades de Aarhus (Dinamarca) y de las norteamericanas de Santa Bárbara, Texas y San Diego. Pensador y crítico caracterizado por su independencia política, es una de las mentes más lúcidas del pensamiento español contemporáneo, mostrándose siempre muy vinculado a los problemas más actuales. Ha escrito numerosos libros, entre los que destacan *Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia* (1952), *El Protestantismo como moral* (1954), *Ética y Política* (1963), *Moral y Sociedad* (1965) y *Moralidades de hoy y mañana* (1973).



Biblioteca Básica Canaria

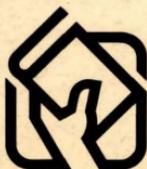
1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas.*
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules.*
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa).*
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas.*
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas.*
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre.*
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado.*
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética.*
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos.*
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla.*
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta.*
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes.*
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética.*
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta.*
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida.*
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía.*
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale.*
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor.*
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío.*
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988.*
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera.*
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia.*
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra.*
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana.*
45. Rafael AROZARENA: *Caravane.*

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 3 de octubre de 1991,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

J.-M. García Ramos es destacado representante de esa narrativa canaria contemporánea sobre la que él mismo ha escrito. Narrativa que tiene una doble importancia: en sí misma y como nexo entre la novela española peninsular y la novela latinoamericana. La novela MALAQUITA es como la vida misma: fácil de leer, difícil de penetrar, de entender; hay que ir y venir de sus páginas para extraer de ella sus ricas entrañas.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem



9 788479 470128